

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Octubre 1959 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 70 frs. - N° 759-70

De Bertrand Russell a Eisenhower y a Kruschev



Carta abierta

POTENTÍSIMOS señores: Me dirijo a ustedes como jefes que son de las naciones más fuertes del mundo. Supongo que, por el matiz de vuestras respectivas políticas, detentáis un poder, para el bien o para el mal, como ningún hombre ni grupo de hombres hasta ahora hayan poseído. La opinión pública de la U.R.S.S. y de América queda particularmente fijada en el punto preciso de dos intereses nacionales contrapuestos, o en mutuo rechazo. Pero estoy persuadido de que, dotados de inteligencia esclarecida, ustedes han comprendido que los intereses rusos y americanos coinciden mucho más en importancia de lo que las diferencias les separan. Tengo la firme convicción de que ustedes, altos jefes de gobierno, deberían proclamar conjuntamente esa lógica y adecuar la política de sus grandes países a esta proclamación, tan deseada en todas partes y en vuestros mismos pueblos no menos que en los demás— con lo cual se arrancaría un grito de entusiasta conformidad que a ustedes les acarrearía una fama como nunca alcanzaron otros estadistas del pasado y del presente. Aunque los puntos en los que los intereses de la U.R.S.S. y de América coinciden sean bien notados, para mejor explicar esta intervención mía, me permito enumerar algunos de aquéllos:



1) La suprema preocupación del hombre de toda tendencia debe ser la de asegurar a la raza humana la posibilidad de continuar existiendo. La supervivencia de la especie de hecho ya está comprometida, amenazada por la hostilidad entre Oriente y Occidente y, cuando naciones menores se disponen a entrar en posesión del arma nuclear podemos encontrarnos, el año próximo, ante una amenaza mucho más grave dada la posibilidad de que cualquier fanático irresponsable se libere a una acción de guerra sin consultar a nadie.

Algún obtuso militarista, del Este o del Oeste, da la sensación de estimar que el peligro se puede evitar desencadenando una guerra mundial que porporcione la victoria a su bando. El progreso científico y técnico proporciona a todos una convicción parecida totalmente ilusoria. Una guerra mundial acarrearía, no ya la victoria de uno u otro contendiente sino el exterminio de ambos. Ninguno de ellos puede auspiciar el desencadenamiento de un tal cataclismo.

La esperanza de llegar al dominio absoluto del mundo, sea militarmente o ideológicamente, ha sonado, durante el curso de los siglos, a muchos hombres, conduciéndolos invariablemente a la ruina. Felipe II de España quiso intentar aquéllo, y redujo a su propio país al rango de una potencia secundaria. Luis XIV de Francia intentó lo propio y disipando los recursos de su nación abrió la vía a la Revolución francesa que descendieron suyos amargamente deploraron. En nuestra época Hitler se batió por la supremacía mundial de la filosofía nazi, siendo miseramente aplastado. Dos grandes hombres han enunciado ideologías que aún no han apurado su tiempo. Aludo a los autores de la *Declaración de Independencia* y del *Manifiesto Comunista*. No veo ninguna razón

para suponer que una u otra de tales ideologías sea destinada a conquistar el mundo, por cuanto todas las precedentes, la budista, la cristiana, la musulmana o la nazi han fracasado. El elemento nuevo de la situación actual no es la imposibilidad del éxito, sino la seguridad de la extensión del desastre que la tentativa necesariamente provocaría. Debemos pensar sin embargo, que cada uno de ambos partidos en pugna se decidirá a abandonar esta inútil contienda concediendo al adversario la parte proporcional a su reconocida potencia.

2) El estado caótico internacional que inevitablemente dará lugar a la difusión ilimitada del armamento nuclear, no ayuda a los intereses de la U.R.S.S. ni a los de América. Fue un tiempo en que sólo los Estados Unidos poseían

la bomba atómica. Siguió un período en que solamente el Norte de América y la Unión Soviética dispusieron del recurso nuclear. Hoy ambos Estados, más Inglaterra, poseen el terrible elemento, siendo evidente que, si ningún factor contrario concurre, Francia y Alemania entrarán en el concierto nuclear de guerra. Además no existe imposibilidad de que la China ponga breve tiempo en disponer de efectos nucleares propios. Ni duda hay de que la fabricación de instrumentos de aniquilación de grandes masas humanas está destinada, dentro de pocos años, a resultar más económica y más fácil. Egipto e Israel estarán entonces en condiciones de seguir el ejemplo de las grandes potencias. La misma cosa harán los Estados de la América Centro-Sur. Es un proceso que no tendrá fin hasta que todos los Estados soberanos, indistintamente, no estén en condiciones de decir unos a los otros: «De no ceder a mis exigencias, pereceréis». Si cada Estado soberano fuese dirigido por hombres dota-



Carta abierta a EISENHOWER y a KRUSCHEV

dos solamente de un rudimento de razón, el temor a una catástrofe general con la extensión prevista, nos sería ahorrado al igual que todo deseo de venganza. Desgraciadamente la experiencia enseña que, de tiempo en tiempo, en éste o aquel país, el poder cae en manos de gobernantes nada razonables. No hay duda que Hitler, de no haber creído en una posibilidad de éxito, habría vacilado en envolver a toda la humanidad en su nefasta aventura. Por razón derivada es absolutamente necesario poner fin al armamento nuclear, objetivo fácilmente conseguible mediante acuerdo entre la U.R.S.S. y América, naciones que, para mayor beneficio, podrían negar conjuntamente toda asistencia militar y económica a cualquier otra nación que persista en la dañosa manía de lograr o perfeccionar el arma atómica. Así es que insistimos en la condición indispensable de un acuerdo preliminar realizable entre las máximas potencias, pues, de no haberlo, toda nueva aportación al armamentismo nuclear será acogida por cada litigante y naciones apéndice como un fortalecimiento de la posición respectiva. Esta loca carrera hacia la catástrofe debe acabar si se trata de conseguir que termine el estado de inquietud permanente en que la humanidad está sumida.

3) Mientras el pavor por una entrevista conflagración mundial domine la escena política y la única «garantía» sea la amenaza de un exterminio mundial, será imposible poner límite al derroche de bienes materiales y de humanas energías que la creciente acumulación de artefactos mortíferos comporta. Es evidente que si la U.R.S.S. y América quisiesen ahorrar nueve décimas partes de sus presupuestos actuales concluirían un tratado de alianza pacifista y se dedicarían, de común acuerdo, a preservar la paz de los hombres. Si los países citados no hallan el modo de atenuar la hostilidad que los divide, el miedo recíproco les empujará incesantemente en la competición armamentista hasta que salvo el negocio bélico, no les quedará a las poblaciones afectadas más que el mínimo indispensable para vivir. A fin de acrecentar la eficacia del elemento a utilizar en mortal encuentro, la enseñanza habrá de ser necesariamente falseada y constreñida. Cuanto en el campo de las humanas realizaciones no esté inspirado en el odio y en el pánico será eliminado de los programas escolar y universitario. Cualquier tentativa de prórroga de la concesión que ve en el Hombre el coronamiento supremo (fino ad oggi) de una evolución milenaria, terminará por ser considerada una traición, ya que tal postura podrá ser vituperada por no contribuir a la victoria de esta o

aquella manera. Semejante perspectiva implica la muerte de la esperanza recurrente de cuantos aún hacen todo por la aspiración de progreso humano, objetivo de todo albor histórico cuando éste ha sido fundamentado.

4) Debo presumir, señores Eisenhower y Kruschew, que ustedes, personalmente, acogerían con placer un medio hábil para dispersar la nube de espanto que actualmente oscurece el presente y el porvenir de la humanidad. Nunca como ahora, desde nuestro lejano tiempo de escolares, tanta suma de pavor no ha estado así de justificada. Nunca como ahora, la juventud se ha notado paralizada en su empuje hacia el futuro, por un así acusado sentido de lo fútil. Nunca como ahora, en este «sueño de verano» pudo razonarse tan gravemente para afirmar que la raza anda sobre vía conducente a un abismo sin fondo. Todos debemos afrontar la muerte; pero la muerte provocada y colectiva nunca ha tenido, como ahora, una apremiosidad tan horrida y concreta.

Y todo ese pánico, toda esa desesperación, todo este derroche son

perfectamente evitables. ¡Se está a tiempo! Un solo medio bastaría para dispersar la tiniebla extendida y devolver al mundo la radiosa luz de la esperanza. Única condición imponible: que Oriente y Occidente reconozcan mutuamente sus derechos y se inclinen, para divulgar sus respectivas ideologías, en recurrir a la persuasión en lugar de a la fuerza. No concurre que ambas partes abandonen los criterios que les son particulares. Pero debería ocurrir solamente el abandono de todo propósito de imponerlos por la suerte de las armas.

Esto lo propongo, señores, para que, cuando se encuentren, discutan con franqueza las condiciones de existencia, sin pensamiento ulterior, sin luego intentar asegurarse con miras particulares tal o cual ventaja, más o menos fraudulentamente, pero obrando de una vez, rápidamente, merced a un acuerdo o por una sistematización internacional capaces de disminuir la tensión presente y la próxima gran pesadumbre que todos entrevemos. Estoy seguro de que si ustedes consienten en realizar un programa de este género,



el mundo entero apreciará vuestra labor de paz y que la fuerza de la razón, liberada al fin de su larga esclavitud, dará lugar en años próximos, a una vida rolliza, de plenitud, satisfacción y alegría cual nunca presenciaran las generaciones transcurridas.

BERTRAND RUSSELL

LUNERIAS

Entre la realidad y la quimera

MOSCU, (UPI). — En una emisión cultural de Radio Moscú, el comentarista, citando los trabajos del astrónomo soviético Félix Segal, ha declarado: «Un sabio soviético estima que debe existir un sistema planetario por cada millón de estrellas y que, por consiguiente, debe haber unos 150.000 sistemas planetarios sólo en nuestra galaxia. En algunos de estos planetas pueden existir formas de vida inferior. Pero, sin duda, también hay planetas cuyos habitantes pueden hallarse en una evolución más avanzada que el hombre. Y hasta puede que algunos de esos habitantes hayan comenzado a realizar vuelos cósmicos».

El locutor agregó que sería deseable que el hombre pueda encontrar un día a esos otros viajeros del espacio, si es que existen realmente, y recordó a este propósito que la ciencia soviética posee ya los medios para alcanzar Marte y Venus mediante cohetes cósmicos. Pero sus anticipaciones no se detienen aquí.

«Sería perfectamente posible — agregó — crear una atmósfera artificial en Marte parecida a la de la Tierra».

Dijo también que la conquista de Marte, Venus, y quizás Mercurio, se realizará por etapas: primero, vuelos de reconocimiento hasta esos planetas y alrededor de ellos; después, el desembarco de hombres, y finalmente, la transformación «radical» de las condiciones físicas de esos planetas.

Según Radio Moscú, la colonización de la Luna por el hombre, exigirá la producción en masa de aire y de agua; después se procederá a la explotación de los yacimientos de uranio, si los hay, para instalar allí centrales atómicas.

«Si esas centrales atómicas son bastante potentes — prosiguió Radio Moscú —, bastarán para renovar la atmósfera que han de necesitar los primeros habitantes. Finalmente, se creará una atmósfera artificial alrededor de la Luna, que dará nacimiento a formaciones nubosas. Entonces se verán caer las primeras lluvias en la Luna, aparecerán los primeros ríos y, por último, la palabra «mar» — que cuando se aplica a la Luna significa un revoltijo de cráteres sin una gota de agua en su interior — adquirirá su sentido y significado propios.»

AVISO IMPORTANTE

En el próximo mes de noviembre no habrá SUPLEMENTO LITERARIO, pero en diciembre aparecerá a 40 páginas enteramente dedicado a Ferrer Guardia y a la pedagogía racionalista. Prometemos un número de valor documental muy propio para personas estudiosas.

El número costará 140 francos. Formúlense pedidos.



* Sobre «Platero y yo» *

INTRODUCCION

CUANDO recorre uno la tierra andaluza, simpática entre todas, no es extraño oír a algún arriero que, al arrear a su jumento, exclame: «¡Arre, Platero!». En efecto, los andaluces, aficionados a los apodos, dan el nombre de *Platero* a los asnillos grises, tal vez, porque ese color recuerda el de la plata, que labran los orfebres.

Platero, en la obra que vamos a estudiar es, no sólo un asnuo gris, sino además un animalejo en extremo simpático e inteligente, según nos dice el Poeta, su amo que lo ama, contra la opinión del Diccionario de la Academia, que da una explicación poco halagüeña para el asnuo (Cf. *Asnografía*, XX).

En este punto concreto, coincide Juan Ramón con Alfonso Daudet, que, en su obra «*Petit Chose*», aplica a un burrillo los epítetos más amables y lo considera como digno de alta estima.

¿Por qué ha elegido el Poeta un asnuo como compañero? ¿Quién es ese retozón Platerillo? ¿Qué encarna? ¿Es sólo visión poética o quiere ser representación real de cada uno de nosotros en particular? No podemos creer que Juan Ramón haya escogido a tontas y a locas tal animalejo por compañero. El espíritu noblemente aristocrático del Poeta, tan propenso a la benevolencia, tan tierno, tan hondamente sentimental, ha querido tal vez establecer un contraste entre él mismo, todo delicadeza y finura, toda sensibilidad, y la falta aparente de gentileza y gracia de su dócil compañero.

Es posible que el Poeta, al remontarse a alturas inaccesibles a la mayoría de los humanos, haya la visto abajo, sobre la haz de la tierra, no a los hombres que se mueven y afanan de modo inteligente, según ellos piensan, sino un asnuo, un simple animalejo susceptible de ser conducido sin protestas, en silencio, con entera pasividad, sin más inquietudes espirituales y sin más deseo que el de colmar sus necesidades físicas.

Digamos, no obstante, que la figura del asno, como compañero de fatigas del campesino español, se ha convertido en algo típico y característico del suelo hispano. Desde el leñador pobre al bracero sin fortuna, sueñan todos con la posesión de un asnillo que les ayude a ganar el diario sustento y alivie su soledad. Recordemos la vuceta del campo de los campesinos de Aragón, caballeros en sus cansinos jumentos, cuyas siluetas se perfilan a lo lejos en la vaga claridad del ocaso, y observemos, con Unamuno, cómo las orejas tías de las cabalgaduras ofrecen analogía evidente con las puntas erectas de los pañuelos que rodean la cabeza de los leales baturricos.

Los antecedentes literarios, en lo que al asno concierne, no faltan



por J. Chicharro de León

tampoco en las antiguas literaturas. *El Asno de Oro*, de Apuleyo, nos lo prueba cumplidamente y, corrobora nuestra opinión, el célebre *Asno de Buridan*. Sabemos también que Francis James hasta de los asnillos con no escasa complacencia. No insistamos. El Poeta sabrá agradecerlos. El asno es un personaje literario de todo tiempo.

Victor Hugo mismo, según afirma el Sr. Mabileau (*Victor Hugo*, Hacnette, Paris, 192, pág. 128) consideraba al asno como una especie de antitesis frente a la figura noble y arrogante del león: «L'âne, avec ses longues oreilles, son cou incliné, sa tête basse, son air humble, représente la bonté ignorante, l'intuition naïve qui va parfois plus avant que la raison. C'est lui qui «voit» le Dieu que cherche en vain la philosophie, lui qui sauve de la cruauté de l'homme le Crapaud, «ce pauvre être ayant pour crime d'être laid».

Si *Platero* designa al asnillo, «Yo» representa al Poeta. Observemos que el título es muy significativo: «Platero y Yo». He aquí dos términos en que el Poeta pone en evidencia, en primer lugar, el asno, su asnillo y compañero, la antitesis de su propia persona. Pudo haber escrito, sin que le dolieran prendas: «Yo y Platero». Sin embargo, no lo ha hecho. Un sentimiento de pudor afectuoso le ha impedido, sin duda alguna, escribir «Yo» a la cabeza del título. No obstante, el «Yo» se expresa sin equívoco.

Si ese «yo» representa y encarna verdaderamente al Poeta, que compone y firma el libro, no olvidemos que se trata también de un pronombre de primera persona. Vemos en este hecho, que todos pasan por alto, una afirmación clara de la personalidad de Juan Ramón, que él mismo reconoce implícitamente al decir «yo» en vez de «El Poeta y su asno». Se trata de un rasgo típicamente hispano, ya que todo español tiende, por

impulso natural, contra viento y marea, a poner de manifiesto su propio yo y hasta a imponerlo.

En efecto, no es Juan Ramón el primero que ha empleado tal procedimiento. Bastenos recordar que Unamuno, cuando a penas tenía veinte años, firmaba sus primeros artículos: «Yo mismo». ¿No sigue en mismo camino Juan Ramón al firmar la dedicatoria de su libro: «al Poeta»?

No se trata de vanagloria, de presenciosa vanidad, sino de la convicción íntima del valor de la propia personalidad. Es, en suma, la afirmación absoluta del yo individual.

¿Qué fin se propuso Juan Ramón al escribir su obra? ¿Quiso hacer, como pudiera pensarse al leer el prólogo, un libro de prosa destinado a distraer a los niños y deleitarlos?

No lo creemos por entero. No es que neguemos que los niños, al leer las páginas sonoras de *Platero y yo*, puedan encontrar agrado en ellas. Esos capítulos cortos, cuya ingenuidad y fresco tono infantil resaltan por doquiera, no sólo gustan a los muchachos, sino que, además, conforme los leen, se los aprenden de memoria de tal modo, que llegan después a contarnoslos como si de historietas se tratara. Es posible que el autor haya mantenido adrede el tono candoroso y jovial pensando en las almas jóvenes. Creemos, no obstante, que, con *Platero y yo*, por el ambiente poético que crea y por la luminosidad de las imágenes, ocurre lo que con tantas obras maestras de la literatura universal —pongamos por caso el Quijote, las fábulas de La Fontaine y los cuentos y cartas de Daudet— que han servido de fuente de inspiración y de regalado placer a la humanidad. ¿Quién no se complacerá en la lectura de tales obras? Grandes y chicos las encuentran bellas y, al leer, como de paso, cada cual es susceptible de hallar no pocas espiguillas doradas, que

rezuman originalidad, olvidadas en los surcos que abriera en sus páginas el asilquo estudio de hombres sabios, dotados de agudo sentido artístico.

Nos atrevemos pues a afirmar que esas páginas de *Platero y yo*, delicadas, ricas en imágenes, un tanto aéreas, donde los colores estallan como lucentes cohetes de fiesta, no serán siempre comprensibles para los muchachos ni para muchos hombres que de inteligentes se jactan. Los capítulos de *Platero y yo*, aunque escritos en prosa, constituyen un conjunto de poemas de subido lirismo, que son expresión de las inquietudes espirituales del Poeta, y donde las imágenes más osadas y preciosas, como apuntamos más lejos, nos deslumbran con la variedad del colorido y sutiles matices y nos conmueve el hondo sentimiento que las impregna.

Si ordenáramos cada capítulo en versos desiguales —sabido es que Juan Ramón ha roto, en general, con la estrofa tradicional—, este conjunto de poemas no ofrecería diferencia esencial con la factura de otros libros poéticos del vate andaluz. Si es verdad que se puede escribir «poesía en verso», como el mismo nos dice (Cf. *Poesía* (en verso), Rivadeneyra, Madrid, 1923), cabe pensar que *Platero y yo* es una obra en que se derrama la poesía en prosa.

Si la duda pudiera existir, el subtítulo de la obra (*Platero y yo*, Losada, Buenos Aires, 1949), lo disiparía rápidamente, ya que reza: «Elegía andaluza». En efecto, se trata de verdadera elegía, impregnada de exquisita dulzura, de amable sentir que impulsa al Poeta a afirmar que ese travesuelo de asno, tan juguetón como simpático, tiene una cuadra tan amable «como su pensamiento» (Cf. 97).

Sabemos que Juan Ramón busca, en todo instante, la expresión de la idea pura, la esencia de la poesía, que es belleza, en cada cosa y en el fondo de sí mismo. La forma externa, tiene, sin duda, valor real; pero lo que interesa al Poeta es que las palabras y los sonidos expresen la profunda emoción que él experimenta y que desea comunicarnos. No se trata de la llamada poesía de masas, sino de verdadera poesía lírica, íntima, casi nunca objetiva.

Si lo que llamamos prosa expresa con exactitud la visión del alma del artista y su sentir, ¿por qué esforzarse en forjar estrofas simétricas en que el artificio no sería inferior al de la prosa poética? La prosa rebuscada y atildada de Flaubert, ponemos por caso, no es menos artificiosa que las estrofas más logradas de Victor Hugo.

Platero y yo, lo decimos una vez más, pese a las apariencias, y aunque abundan en sus páginas las escenas infantiles, no es libro consagrado exclusivamente a niños, sino que se dirige también a



Arte y Artistas



POCO movimiento. Las energías concentradas irán tomando posición del mercado artístico hasta desbordarlo. Durante las semanas que las salas expositivas han permanecido cerradas, pictóricos y esculturistas han deambulado por esos mundos buscando motivo de recreo espiritual plasmable. Dados los últimos toques en los estudios, pronto las piezas resutantes tomarán camino de las tiendas en las cuales ser estudiadas y juzgadas por una clientela de personas inteligentes.

Por de pronto la Pinacoteca abre puertas para situarnos frente a la labor «marinera» de Conchita Bonet, que nos coloca entre playa y bosque, bella característica de nuestro levante. Las barcas, reposantes boca al sol, acomodadas al desgare sobre placido lecho de arena. Avanzadas de pinos—alguna vez eucaliptos— asomándose atrevidamente al mar, que no acepta intromisión en sus dominios. A veces, con un derroche de luz Conchita deslumpra a su propio paisaje, ávida que está de naturalezas encendidas, ganosa que es de rehuir las naturas opacas... Alamos los cita en hilera para di-

bujar ramblas, esas vías tan características—a veces sombrías— de nuestros pueblos de la costa matoronesa. Y ramblas arriba encuentra la nota pastoril, sin rebasar la altura de «can Carreras» para no colocarse de espaldas al «mare nostrum». Conchita Bonet idealiza un algo el paisaje que tiene tan adentro de la sangre.

◆ Dos Baranchino—dos italianas— exponen en Sala Velasco pintura conceptuosa, intelectual la una—Linda—, impresiones del género inocente la otra—María Luisa—. Aceptable contraste de notas dominadoras, enérgicas, con otras de modestia penetrante, no carente, por lo mismo, de dirección y personalidad artística.

Esto no más es lo que da nuestra avanzadilla del arte. Veremos lo que siga. — C., Barcelona.

«Concurso Pintura Joven» (Sala Parés, Barcelona)

Reunido el Jurado para emitir su fallo en este concurso acordó unánimemente conceder los siguientes premios:

Premio a la Pintura Joven, 10 mil pesetas, creado en las Bases

por la Sala Parés, al número 106 «Bodegon», Emma Mariu.

Premio, por Jordi J. Farreró, 5 mil pesetas, al número 48, «Craissaje», Isaac Charueñas.

Premio Rafael Limona, 3.500 pesetas, ofrecido por un coleccionista al número 36, «Bodegon», J. P. Mousalvatje.

Premio R. Gimeno, 3.500 pesetas, ofrecido por un coleccionista al número 112, «Sant Ronç», Carmen Nuez Lladó.

Accésit de 2.500 pesetas creado en las Bases, por la Sala Parés al número 124, «Bodegon», Carmen Ortín.

Accésit de 2.500 pesetas, creado en las Bases por la Sala Parés al número 39, «Claveles», Esperanza Milet.

Premio de 2.000 pesetas ofrecido por Domingo Valls Taberner al número 99, «Figura», Alberto Coma Estadella.

Premio de 2.000 pesetas ofrecido por Domingo Valls Taberner al número 81, «Casas», Juan Fontanals.

Premio de 2.000 pesetas, ofrecido por un coleccionista al número 122, «Calle soleada», Jorge Olivares.

El Jurado estuvo integrado por Luis Muntané, profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes; por Juan Serra, y José María Mallol

Suazo, pintores; Jorge J. Farreró, coleccionista de Arte Moderno, y por Raimundo Maragall, de la Dirección de la Sala Parés.

La Dirección de la Sala Parés acordó, además, adquirir el cuadro número 94, «Bodegon», por Isabel Serranilla.

En la exposición, que fué celebrada en la calle Retirador, 5, figuran únicamente las 30 obras fijadas en las Bases y seleccionadas por el mismo Jurado.

JOSE CARMONA

artista del grabado

PERIODICAMENTE, de unos años acá, nuestros amigos de la Agrupación Cenetista de Tarrasa, en la celebración de sus actos Pro-Solidaridad, nos habían sorprendido con la presentación de objetos grabados por Carmona. Recordamos una mascarilla de Beethoven patéticamente emotiva (mas tarde había de presentarnos otras imágenes del genial compositor), el realismo de una calle de Argel, de fresco y matizado colorido; expresivos dibujos a la pluma y diversidad de objetos inamente grabados.

Si habíamos observado los progresos en la ejecución de aquellos trabajos, la exposición de un conjunto de sus obras, efectuada recientemente en París, ha evidenciado un fuerte dominio de su técnica en el grabado en madera. Carmona renueva la forma común, la repetición de motivos, imprimiendo, dentro de la diversidad, su cunto particular a cada obra y alejándose de toda idea de objeto de comercio. Pourríamos decir que al dar vida al objeto lo libera de su forma, sometiendo a la línea sobria y dencada a la vez, en el reneve de la emoción creadora. Así en sus jarros escuipidos, en la estilización de los motivos de ciguerras y cigarras, en la decoración de los platos ya transponiendo paisajes de su recuerdo o aquellos en que la ágil fantasía del artista logra primores tan originales como en «el bufón» y en las fantasmagorías de tipo oriental; dando vida a la materia y modelando ésta con delicada sensibilidad para ofrecernos un conjunto vibrante de armonía y prometededor de más firmes realizaciones.

Tal es la obra de este artista, que desde un lugar apartado de la Charente nos ofrece un ejemplo de fervor y acendrada voluntad, al «decirnos» tantas cosas aprendidas en el dolor propio y en el colectivo del exilio. Ardua labor la de Carmona, más apreciada aún al saber su precaria salud, sometido a un paciente tratamiento que le impone largos descansos. Deseamos ardientemente que pueda recuperar su salud y con ella dar mayor impulso y plenitud a su arte.

(En esta Redacción se admiten encargos para pasar a Carmona).

Sobre «Platero y yo»

hombres maduros, de espíritu fino y culto y, en ciertos aspectos, iniciados en los misterios de la poesía pura.

II. — Los demás personajes

Los demás personajes que aparecen en la obra juanramoniana no tienen, ni con mucho, la misma importancia que el asnillo.

Hay que hablar, no obstante, de *Aguedilla*, «la loca de la calle del sol», que enviaba al Poeta «moras y claveles». Juan Ramón le dedica el libro y reverencia su memoria.

Muestra por doquiera Juan Ramón sincero y hondo afecto hacia los niños y lo exterioriza con frecuencia a lo largo de las páginas de *Platero y yo*, que son una síntesis de risas y de lágrimas.

Canta el Poeta a «la hija del carbonero, guapa y sucia cual moneda» (49), que arrulla el sueño de su hermanillo. Se enternece al contemplar escenas infantiles: la comida de los niños (28), los juegos del anochecer (30), la tisica, de «voz pueril, delgada y rota» (58). La dulzura se acrecienta al hablar de la niña chica, que tanto ama a Platero y que, para expresarle su afecto, le aplica, complacida, los nombres más variados y cariñosos: «Platero, Platerón, Platerillo, Platerete» (75).

No nos engañemos: hasta los términos aumentativos tiene aquí, en los labios de una niña, dejes de ternura indecible. Todo rezuma en este pasaje sentimiento hondo.

Las demás figuras que en el li-

bro aparecen, quedan un tanto en la sombra y resultan por eso bastante imprecisas. Vemos, sin embargo, con claridad no escasa, a Darbón, médico de Platero (100 y 109), que vertía lágrimas de amargura al acordarse de su hijuela muerta.

Las personas y las cosas se nos parecen revestidas de tonos variados en que dominan los claros. Esa luz pasa por tamiz de ternura inefable.

III. — La ternura del poeta

La ternura del Poeta se manifiesta por doquiera, a partir del retrato de Platero, el único que Juan Ramón no ha dejado en esbozo: «Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría de algodón, que no lleva huesos...» «Lo dejo suelto y se va al prado y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas» (13).

Ternura en el Poeta, dulzura y gracia en el asnillo. Una pincelada hábil completa el retrato físico y moral de la bestia: «Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña» (Ibidem). Tiene, sin embargo, ojos negros y duros y es «de acero y luna de plata al mismo tiempo» (Ibidem). Ternura y delicadeza en armonía con la resistencia y el vigor físicos. El Poeta presta a su agradable compañerete los sentimientos más amables.

¿Qué de extraño tiene que se le-

vante contra la definición de la docta Academia del término *Asno-grafia*, diciendo: «¡Pobre Platero! ¡Tan bueno, tan agudo como eres!» (Cf. 39).

El asno es «el Marco-Aurelio de los prados» (40). Como dicho queda, hasta los sufijos de carácter aumentativo y despectivo encierran en *Platero y yo* una idea de ternura infinita: «¡Ay!, ¡si su peluda cabezota idilica supiera que le hago justicia, que soy yo mejor que esos hombres que escriben diccionarios, casi tan bueno como él!» (40). Los términos *brutote*, *rizote*, *asnucho*, etc., que hallamos en la lectura, revisten en boca del Poeta inflexiones afectuosas al aplicarlos a su diablito de asno.

El crepúsculo conmueve a Juan Ramón, pero la contemplación de la tisiquilla hace vibrar de piedad el hondón de su alma: «La voz pueril, delgada y rota, se le caía, cansada, como se cae, a veces, la brisa en el estío» (59).

La muchachilla va caballera en *Platero* y el animalejo, que parece entender de quién se trata, marcha lentamente, pues lleva encima «un frágil lirio de cristal» (Ibidem). ¡Qué dulzura!

El fin del poema es símbolo de delicadeza extremada: «la muchachilla parecía un ángel que entraba en el pueblo, camino del cielo del sur» (Ibidem). ¿Cabe expresar ideas más delicadas con mayor sencillez y más intensa poesía?

● Concluirá ●

SENDAS EN ESPIRAL POR LAS RUTAS DE LA FRATERNIDAD

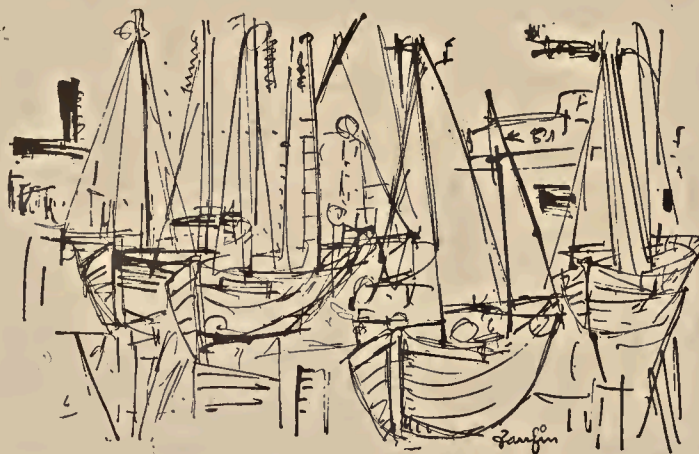
ENSUENOS DANUBIANOS

Braila, 8 de julio

La frescura de esta mañana se disipa pronto en la cálida luz del cielo azul. Nos encaminamos hacia el puerto. Pasos ligeros, miradas ágiles, pese a las mismas preocupaciones «propagandistas» que me llevan en mi gira de una ciudad a otra. Aprovecho cada minuto, cada recorrido, para contemplar y meditar, en los peligrosos cauces de las calles han desaparecido los torrentes del tráfico, el vaivén de los peatones, los andamiajes y amontonamientos de mercaderías. Despojadas, las calles muestran sus almas fatigadas, las máscaras ciegas de las fachadas corroidas; y se quedan así, con los gestos petrificados de los campanarios y de las chimeneas sin penachos de humo. Esquivamos dos o tres plazas con su feria bulente de gentes: normigueros devoradores, en un cerroche de pescados, carnes, frutas y verduras. El estómago de la ciudad exhale allí su hambre, sus gustos versátiles y su gula nupercita. Esta inmensa matanza de seres comestibles tiene que saciar, si quiera una vez por semana, a los que se empeñan en sus humides y otras tareas con losudez, con desesperación o con interminable aburrimiento.

Pero el puerto nos recibe con sus brazos de piedra, con sus nervios de acero, con sus ojos punzantes, parpadeando hacia los horizontes soleados. El espíritu, pajaro en la jaiba del pecno, abre sus alas y, arriada, desde el borde del barco, ya empieza su aleteo, trepa sobre los mástiles, se eleva en espirales y se estirna luego, junto con el humo blancuzco de las cañeras, en la vibrante serenidad en la que flotan otros navios, de las nubes, cual fantasmas plateados que aparecen y desaparecen en el oceano etereo.

Después de las trepidaciones del tren, de sus brutales sacudidas en la apretada promiscuidad de estabio rodante, mi viaje es libre como un sueño, en el suave desliz sobre aguas, lento e impetuoso a la vez, en el incesante murmullo de las olas menudas, que cubre las voces mecánicas del fondo, en el corazón del barco. Y escucho las palabras titubeantes del joven comarada, y las anécdotas de honco sentido bajo sus apariencias burlescas, uevanadas por un abogado encanecido en la guerrilla social. Pero mis miradas vagan por encima de nuestro islote flotante, florecido de mujeres y muchachas sentadas a lo largo de la baranda, con sus anchos sombreros de paja, sus cintas, fajas y velos multicolores, con sus pequeños parasoles transparentes, cual plantas vivaces colocadas en el marco ovalado de la proa, de la popa... El Danubio, turbio caudal en el que centellean las escamas blancas y doradas del oleaje, como frenéticas pulsaciones de una gigantesca arteria terrestre, se escurre por los costados



del barco hacia el mar límpido y abismal, ya cerca de estos parajes, con su gloria renovadora, con su caótica embriaguez, nunca agotada, ni apaciguada.

Mi contemplación soñadora está, empero, delimitada por riberas sencillas, que se desenrollan en matices iguales y en contornos amplia-

do en la ardiente reverberación de las olas y del cielo enteramente espejado...

A MEDIO CAMINO

Nos separamos. El abogado y sus compañeros se van a hablar a los obreros, que se atreven a reunirse nuevamente después de los aciagos

por EUGENIO RELGIS

mente onduladas. A la derecha, cañaverales sobre los cuales se cierne el vuelo denso de los patos salvajes; y altos trechos de labrados, cortados en barrancos rojizos que se hunden en remansos terrosos; luego se vislumbra la embocadura del Siret, corriente sorbida por el río macizo, con sus balsas que parecen, a lo lejos, fragiles trenzas a punto de destramarse. A la izquierda, los horizontes de Doprogea, con las curvas prolongadas de las colinas bajas, en las cuales asoman las entrañas revueltas de las canteras. Agazapada entre arboledas, la ciudad de macin: blanca y roja, como incrustada en el tupido verdor. Y las cortinas colgantes y desgarradas de los sauces, en una u otra rípera; y de vez en cuando, en las anitras, las líneas blancas de una bandaua de garzas.

Calma, perezosa es mi contemplación. En pensamiento se ha retirado en su antro, como el lagarto debajo de una piedra. Me olvidé de los viajeros y de la meta misma del viaje. Me dejaría llevar así, navegando aguas arriba, días y noches, hasta los Portones de Hierro, y mas allá. Pero ya se perfilan torres de iglesias y hornos de fábricas; Braila se acerca, panorama en escalinata, clara, limpia, acogedora como un antiteatro. El puerto está desierto, en el abandono dominical, aunque el Danubio está cubierto en gran parte de su anchura por cargueros, chalanas y barcazas ventruadas, llenas de granos: trigo, maíz, avena, la rica cosecha del verano temprano. Negro rebaño de gigantes extraños, estas embarcaciones esperan su partida, mientras las grúas, los elevadores, las dragas parecen aves de rapiña con los picos debajo del ala, hartas y cansadas, dormitan-

años de la guerra y las rebeliones iracundas. Los amos se imaginan que pueden «destruir el socialismo» si cierran los locales y aprisionan a los líderes y agitadores. Yo y mis jóvenes «discipulos» tratamos — durante las pocas horas disponibles — de despertar a dos o tres «dormidos», aunar las escasas energías idealistas en esta ciudad que según la amarga palabra de un profesor, es acerebral. Braila, como tantos puertos, no es ni nacional ni internacional; es, simplemente, levantina, una amalgama de nacionalidades, idiomas y contesiones sin la soldadura espiritual de altas aspiraciones comunes. El «ideal», para cada individuo en parte, es el de enriquecerse por cualquier medio. Nada mas... Hasta un medico a quien nadie acerca del humanitarismo moderno, confundia este vocablo con la caridad que consigue «la paz de la conciencia» mediante alguna limosna. No obstante, yo siento que la verdad penetra y anima voluntades no corrompidas todavía, y que mis aclaraciones perseverantes reciben los ecos de una solidaridad latente, que saldrá un día a la luz de la acción. La idea es contagiosa, como un virus. Sé que dejare aquí algunas «víctimas» que se libran de la mediocridad provinciana. Como los que recobran la vista, si apartan la catarata en sus ojos...

A mediodía nos reencontramos todos en torno a una gran mesa en un restaurante «burgués». La flor roja en el ojal de algunos compañeros, el diálogo vivaz, en frases breves y réplicas terminantes, cruzando con bromas y centelleantes juegos de palabras, atraen las miradas de los demás consumidores, divertidos unos, asustados otros. Un zapatero autodidacta, curtido

por su marxismo elemental, azuza a su contrincante, un profesor andogmático. El abogado, brindando por un elegante gigante sentido delante de él — un muy acaudado hombre de negocios, a la vez filósofo y millonario y, no obstante, socialista — trata de arrancarle la promesa de que va a testar a favor de la «Casa del Pueblo» sus bienes en esta ciudad, ya que el mismo está «firmemente decidido legar a la Comunidad las siete casas que posee en Galatz»... Algunos comensales, «obreros ilustrados», repiten viejas fórmulas y lemas sociales, acentuándolas y subrayándolas con miradas severas y ademanes torpes. Otro, bajito, bezuado y grasiento, come y come, atracándose para toda la semana.

— ¡Helo ahí, vuestro ideal! — dice el profesor apuntando el índice hacia el comilon.

— ¿Pero cuál es el vuestro? — pregunta el millonario socialista, desabrochándose el chaleco.

— Está aquí y aquí, contesta el profesor señalando la cabeza y el corazón. Sin cultura y sin alma, toda sociedad es bárbara y condenada a perecer.

— ¿Pero cómo puede subsistir la cultura sin los brazos de los trabajadores?...

El debate prolongado y embrollado nos hubiera hecho perder el barco de regreso a Galatz, si nosotros, los humanitaristas, no hubiéramos unido los extremos por la calle intermedia — es decir, tan recta como conciliante — de la armonización:

— Brazos guiados por la inteligencia... Cuerpo ennoblecido por el alma. Clase o categoría social considerada como un organo con función específica, pero coordinada con los demás órganos en la realidad planetaria de la humanidad. *Genus humanum unum est...*

— La perfección no existe en esta tierra, replica el filósofo socialista. Sólo existe la lucha por la dominación. Nosotros queremos la dominación de la mayoría sobre los pocos amos y los gobernantes parasitarios...

— Pocos... Pero tienen muchos siervos, muchos esbirros, ejércitos de oportunistas, de cobardes y de ignorantes... Para nosotros, lo que prima, es la aspiración hacia la perfección. Este anhelo nos enseña, antes que todo, que la fuerza, la opresión, no puede vencerse sino por el amor; y que la intolerancia con su odio homicida serán extirpados solamente por la libertad lúcida y creadora. Por eso, la mayoría trabajadora si quiere ser dueña de sí misma, encaminando el mundo hacia la paz y la justicia, tiene que humanizarse, primero, a sí misma. Esta es su misión, de vuestra y la nuestra también, de todo ser humano ansioso de superar su animalidad y las malas herencias de sus antepasados.

● Pasa a la página 7 ●

Recuerdo de infancia

por Ismael Viadiu RODENAS

TRANSCURRIA el año 1942. Los días de calor con sus noches estrelladas habían quedado atrás. La ciudad de Kirov se convirtió en un lodazal. Eran días de otoño con lluvias pertinaces y cielos grises. El sol era apenas una mancha rojiza. Más bien espectador que actor. Un espectador pasotante, fatigado, exhausto. Se aprestaba a su sueño invernal.

Todo era de color de barro. El cielo y la tierra se confundían. Los árboles con sus ramas desnudas semejaban dolientes espectros, extendidos sus brazos esqueléticos implorando limosna. El viento recorría la ciudad profiriendo ayes lastimeros, formando aquí y allá remolinos de hojas caídas, sin vida. Parecía como si los escasos transeúntes anduviesen sobre una zona pantanosa, y que de pronto iban a desaparecer succinados por el lodo.

A un lado se deslizaba un río. Daba la impresión de que era la antesala del infierno, y que gustaba dejarse llevar por su corriente de aguas frías y negras para ir a parar a alguna región del viejo Hades, habitada por serpientes y alimañas.

Y allá lejos, en los alrededores, destacaba enorme chimenea, rodeada de grandes naves, esparcidas en un vasto terreno cercado. Era la fábrica. Durante doce horas diarias la vida de miles y miles de obreros se reducía a enfrentarse a un torno, a una fresadora o a cualquier otro monstruo metálico. Todo pensamiento o ensueño quedaba embotado. No había amanecer ni atardecer, tan sólo el primer turno o el segundo turno. El domingo era un día más de trabajo. Un retraso, juicio. Una falta de asistencia, juicio. Labor a destajo. Y eso durante años y años.



La guerra estaba en pleno auge. Las fuerzas «nacional socialistas» «comulgaban gran extensión de las «repúblicas socialistas soviéticas».

Sobre una de las paredes de la sección pendía un gran reloj. Era el alma de cada uno de los obreros. Sus miradas se concentraban sobre él. A veces con un suspiro de satisfacción, las manecillas habían discurrido más aprisa que sus pensamientos. Otras, las más, parecían estancadas, siempre en el mismo lugar. Las horas transcurrían con lentitud desesperante. En el descanso se amontonaba toda la sección en el comedor general. En un plato de aluminio ocupado por dos cucharones de agua con col y una cucharadita de grasa flotando en ese mar con fondo, junto con ochocientos gramos de pan negro constituían el alimento. Ese era el alpiste diario de todos ellos. Ahora bien, no se pedía a cambio gorgoritos, sino doce horas de entusiasmo ante un turno. Ya se nos había explicado el motivo; «La segunda guerra patria demandaba hasta el último esfuerzo.»

La sirena dominó el ruido de tanto motor y martillazo, apagando toda palabra. La fábrica quedó en silencio unos minutos. Eran las ocho de la noche. La jornada tocó a su fin. El relevo ya estaba al pie de la máquina. Las palabras que se dirigían unos a otros eran parte de la monotonía del día. Las más de las veces se concretaban a desvanecer las esperanzas mutuas de satisfacer los deseos de fumar.

Para Juan el día había sido pésimo; apenas juntó un cigarrillo volteando el forro del bolsillo del pantalón. En un pedazo de periódico colocó, con verdadera fruición, unas hebras de tabaco y alguna miga de pan seco, o sea el contenido del bolsillo, que unas veces hacía la función de depósito de pan y otras de tabaquera. A cada fumada las migas de pan introducidas de contrabando restallaban como un verdadero fuego pirotécnico. Pero como reza el refrán: «A buen hambre no hay pan duro.»

Ante la salida se hallaba apolotonada una gran masa gris. Apreteados entre sí, los obreros procuraban situarse en los pasamanos que formaban un pasillo estrecho que iba a desembocar ante dos vigilantes que esculcaban a todos los que iban saliendo. Entre cacheados y cacheadores no había el menor diálogo. Solicitos a la presión de las manos de los celadores los registrados giraban en la dirección requerida, ya de espaldas, ya de frente. ¡Y a la calle!

Una vez en ella la compacta muchedumbre se iba disgregando en varios grupos fabriles. Al poco rato las calles volvían a quedar desiertas. Embrutecidos por el

hambre y el cansancio los obreros se nundian pronto en sus camastros, tratando de enganar con el sueño las horas que restaban para reincorporarse al diario penar.

Para Juan la jornada había sido pésima..., mas en poco se diferenciaba de las de los otros días. Durante sus dieciséis años había sufrido parte de la gran tragedia española, y ahora este nuevo trago. Aquel lo soportó estoica o inconscientemente, dada su corta edad. Sin embargo, algo se había destruido en su interior, pero no sentía todavía muy en carne viva lo trágico de la existencia. Cuatro años hacía que con su hermano Luis, algo menor que él, y cientos de niños del Norte, escaparon de los horrores de la guerra, refugiándose en estas tierras lejanas.

En ese lapso de paz empezó a sentir un sentimiento de soledad. Ya al levantarse se encontraba incorporado a un grupo de niños con los cuales tenía que convivir y ¡convivía! Pero ¡cuánto echaba en falta los rostros ya alegres ya adustos de sus padres! Se sentía como un tigrillo, siempre preparado a lanzar un zarpazo. Algo así como la ley de la selva imperaba entre todos ellos. El más fuerte imponía su capricho a costa, naturalmente, de los más débiles.

Los estudios, la preparación de clases, los profesores, los ejercicios gimnásticos, la alimentación, la carencia de verdaderos afectos, todo en fin, era común. Hasta los cuadros que llenaban las paredes de los largos pasillos no le inspiraban sentimiento alguno. Todos ellos representaban diversos aspectos de la vida de los «pioneros», o bien de los omnipotentes jerarcas de la vida rusa. Un sentimiento de frialdad transpiraba de los innumerables poros de las telas. En toda la enorme casa no encontraba un solo rincón íntimo, tan necesario para evocar recuerdos y cariños. Sentía algo impreciso pero constante de que debía tener sus cosas, sus pensamientos, sus afectos. Suyos y de nadie más.

Rechazando toda evocación, Juan subió la empinada escalera de madera que lo llevaba a su guarida. Atravesó un pasillo que desembocaba en una enorme e impersonal habitación. En ésta y en otras dos del mismo tamaño habitaban unos doscientos muchachos, todos ellos obreros de la misma fábrica, cuyas edades fluctuaban entre los 15 y los 18 años.

Con el mismo traje sucio y grisiento que llevaba se tumbó sobre la cama, con el propósito de que transcurriera el tiempo necesario para ir a procurarse algún alimento en cualquiera de las huertas que bordeaban la ciudad.

Tumbado sobre la cama, con los ojos cerrados su pensamiento lo llevó hacia esos momentos en que junto con su hermano Luis subieron la escala del barco para separarse de todo aquello que había



sido y seguiría siendo su refugio sentimental. Recordaba el rostro de su madre con los cabellos ya grises, como con cierto tono confidencial le recomendó: «Cuidalo mucho», y «tú», dijo agarrando el rostro de Luis entre las palmas de sus manos, «obedécelo como a mi misma». Intentó aferrarse a la imagen de ese rostro tan querido; pero notó que le era imposible, su contorno se fué perdiendo, y rendido por la fatiga se entregó a un profundo sueño.

Apenas quedó dormido cuando sintió que alguien le estiraba de la pierna. Sobresaltado se reincorporó sobre sus codos para identificar la voz de su hermano que le susurró quedamente:

— ¡Ya es hora!

Entreabriendo los ojos reconoció en las cuatro siluetas que lo rodeaban a sus compañeros de infortunio.

Una vez en pie, se deslizaron hacia la oscuridad de la calle...

La noche era negra. Densos nubarrones ocultaban la luna. Allá lejos en la penumbra, en medio de la huerta, brillaba una hoguera. Una sombra encorvada sobre el fuego dormitaba. Otras sombras, pegadas al suelo, hurgaban con los dedos arrancando zanahorias, patatas, coles, todo lo que se hallaba a su alcance.

En eso la luna apareció y llenó de luz por un breve instante la huerta. ¡Todo seguía igual! El guardián dormitaba con el fusil entre sus rodillas. Las sombras seguían en plan de topes. De repente enmudecieron, dejaron de escharbar, no se oía respiración alguna. ¡Nada! La noche era sombría, oscura, callada. La silueta encorvada sobre la hoguera se había incorporado y desapareció del círculo que alumbraba el fuego. El silencio proseguía siendo el mismo. Con susurros al oído se dió la orden de retirada; ya que el vigilante parecía nervioso, como si estuviera sobreaviso. No hacía más que caminar y caminar, mirando ya a un lado ya a otro.

En la retirada alguien hizo el suficiente ruido para delatar a los «ladrones». Una voz de trueno exclamó: «¡Alto! ¿Quién vive?» Nadie hizo caso a esa voz imperiosa, fuerte. Lo único que consiguió fué que el correr ya no fuera sigiloso,

Recuerdo de infancia

si no atropellado. Cada quien corría cuanto le daban sus flacas piernas.

Al lado de una de las veloces sombras se oía el jadeante correr de otra. Nadie daba ánimos a nadie. Todas reservaban sus fuerzas, sus agotadas energías.

Un nuevo resplandor iluminó por un instante la noche. Esta vez no había sido la luna. El resplandor fué acompañado con el silbido de una bala. El vigilante hacía fuego sobre la gente que corría. Otro resplandor, otro estruendo. Y una de las sombras se dobló, de jando caer un saquito. Las patatas y zanahorias se regaron por el suelo. Al mismo tiempo se oyeron sus gemidos, implorando ayuda. Intentó incorporarse, pero en vano. Volvió a caer, exclamando: «Las patatas...»

El vigilante ya estaba a su lado. Siguieron oyéndose detonaciones, pero de pronto una de las sombras se le avalanzó y en un esfuerzo gigantesco logró quitarle el arma al homicida.

La luna volvió a iluminar un tétrico cuadro. El vigilante yacía en el suelo, muy cerca de su víctima, mientras que la sombra erguida levantaba y dejaba caer la culata del fusil sobre él. ¡No sé cuántas veces, pero parecía que no iba a terminar nunca! Ahora era el vigilante el que gemía, mas no por largo tiempo. Todo volvió a la calma. La noche se adueñó de la situación. Todo se hizo oscuro, todo silencio.

Solamente a mi lado sentía como una figura jadeaba, encorvada por el peso de un bulto enorme. Intenté ayudarlo. Su respuesta fué un leve empujón y un sollozo. Era Juan el que sollozaba, cargado con el cadáver de su hermano.

En los alrededores del edificio nos reagrupamos. Cuando Juan llegó con su carga fúnebre la luz estaba encendida en la casa. Los primeros habían llegado ya.

Los rostros estaban tristes, no como en otras ocasiones en que todo el mundo preparaba su botín para dispensarse una cuantiosa ya que no exquisita cena. Esta vez era distinto. Ahí, sobre la cama de Juan yacía el «Pelón», como todos lo llamábamos. La camisa estaba empapada en sangre. Tenía el orificio de salida por el mismo lado del corazón. Su rostro estaba contraído por un gesto de dolor. Lo cubrimos con la misma manta de la cama.

En esos primeros minutos de nuestra llegada procuramos hacer ver a Juan el peligro en que se encontraba. Aún estábamos, inútilmente, tratando de que escapase, cuando oímos ruido en las afueras. Todos nos apresuramos a esconder nuestro caro y tan caro botín. En un santiamén desaparecimos entre las ropas de la cama.

Juan contemplaba inmóvil el ca-

dáver de su hermano, sordo a nuestros ruegos de que huyera. Su cara era el espejo fiel de su estado. De pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta. El mismo Juan en un movimiento mecánico la abrió, dejando entrar a la policía.

— Soy yo quien ha muerto al guarda, sí, soy yo. — fué lo primero que articuló y un torrente de lágrimas le hizo estremecerse. Ensimismado en su dolor afluyó a su mente la ya inútil recomendación de su madre, y ahogándose en sollozos repitió como imprecándose: «¡Cuidalo mucho! ¡Cuidalo mucho!»

Los demás, mudos, estáticos, con un nudo en nuestro pecho, oímos un portazo anunciando la separación de nuestros destinos. Unas caricias, unas palabras de afecto y hubiese desatado ese nudo, convirtiendo nuestro sordo dolor en amargo llanto. Pero...

La guerra ^{**} había terminado. Transcurridos ya varios meses del final de ésta, la euforia de la victoria se iba esfumando. Un panorama sin objetivos era el sello que nos caracterizaba. ¡Tantos fueron los infortunios de esos años interminables de guerra! ¡Tantas las vicisitudes! que la vida de «paz» carecía de la menor seducción. La realidad de la postguerra, su va-

rio, se iba adueñando de nuestra vida.

Fué por esa época cuando volví a ver a Juan. Gracias a los indultos por el final de la guerra lo soltaron a esta otra vida, también entre «alambradas», entre «celadores», y con un expediente que siempre llegaba con anterioridad al mismo interesado. Expediente donde se indicaba su delito.

Me lo encontré en la puerta de una oficina de gobierno, acurrucado, aterido de frío, con una palidez cadavérica. En su rostro solo vivían un par de ojos negros, tan negros como la noche aquella. Al entrar me miraron como dos tizones. Le observé y ¡sí!, logré reconocerlo. Era Juan, sin duda, pero qué diferente a aquel que vivía en mi mente. En mi memoria había quedado grabada la imagen, la impresión, de un muchacho doblegado por el dolor; pero éste ¡cuán distinto era! Su hermano una vez muerto tenía mucho, pero mucho más de vida que él. Un gesto de dolor crispaba el rostro del cadáver y había sangre alrededor de la herida. Pero en Juan todo era de una palidez escalofriante. Aquella mirada que me dirigió era la de un ser que moraba en el mundo de las sombras. Creo haberla visto alguna vez en esos apaleados perros callejeros, que en sus ojos resplandece una bondad suprahuma-

na. Parecían anunciar la muerte, pero la de un niño, todo inocencia, todo pureza. En sus ojos había un dejo de amargura infinita, amargura en paz consigo misma.

No creo que hubiera cosa en la vida capaz de rescatar ese cuerpo a la muerte. La alegría, el pesar, la cólera, el odio, todo era ajeno a ese cuerpo con... vida. Me despedí de él igual que al saludarlo, como un autómatas.

Nada podíamos hacer el uno por el otro. Estábamos separados por una barrera de embrutecimiento, de hambre, de frío y de miseria que necesitaba de años y años para que se fuera derritiendo, y con ello volver a contarnos entre los seres que sueñan, sufren, compadecen, aman u odian.

Meses más tarde me enteré que murió en un hospital, tuberculoso. Solo, a no ser por sus esputos sanguinolentos. No tenía apenas visita de médicos. Era un desahuciado. Además... su expediente... No se les molestaba, a tales enfermos, ni nadie se molestaba por ellos.

Un atardecer al extinguirse la luz del día se apagó la suya también.



SENDAS EN ESPIRAL

Por las rutas de la fraternidad

● Viene de la página 6 ●

IDEAS EN IMAGENES

Nuevamente a bordo. Delante de nosotros, sentadas a lo largo de la barandilla, siete mujeres jóvenes, una al lado de la otra. Siete fisonomías y otras tantas actitudes y gestos. Vuelo de palabras y risas claras, cristalinas. Con mi vecino, el abogado, estamos observándolas tan discretamente como es posible. El abogado lleva casi el doble de mi edad; no obstante, pensamos en las mismas cosas. En esta hora de tregua de los hombres de acción, buscamos el encanto y la serenidad de la belleza. El evoca ciertos lienzos —famosos desnudos— que había contemplado en los museos de Occidente. Yo, las estatuas antiguas, de Helade, reveladas en mi viaje por el cercano Oriente, hace unos diez años. En nuestra soleada contemplación, las siete mujeres en diáfanos colores, con sombreros de paja y velos aleteando en la brisa, se convierten en siete estatuas vivientes, proyectadas — en su blanca y tierna desnudez — sobre el verde decorado de las riberas o en el terciopelo azulado del cielo. Queremos gozar de ilusiones poéticas, recordando imágenes de la

las palabras que nos llegan a menudo de ese gracioso grupo femenino, palabras vacías como pompas de jabón o pesadas de tanta necesidad, disipan nuestra ingenua ensoñación.

— ¡Si supieran cómo las hemos idealizado! — musitó el abogado, desengañado.

— Es por culpa nuestra, de los hombres, el de que las mujeres nos desencanten con sus tonterías. La otra mitad de la especie ha sido acostumbrada, por nosotros, a ser o parecer muñecas y títeres, hembras de lujo para los que puedan mantenerlas, o animales de carga y cría para los cuales seguimos en nuestras batallas político económicas. Todavía hoy en día, hay muchas mujeres dos veces esclavas: de la familia y de la sociedad. Démosles la misma libertad que la nuestra, y entonces se volverán más conscientes de su poder y de su belleza. Entonces no podremos, ni necesitaremos ya de porstituir-las. Respetaremos ese «templo vivo que es el cuerpo humano» — de la mujer y del hombre — con el fervor del pagano naturista y con la exaltación del esteta moderno. Cuando se cumpla esta lúcida libertad del trabajo y del amor, la

perfección descenderá de sus alturas inaccesibles para que more también en el ser armonioso del hombre.

— Hasta entonces, yo busco a Dios en la naturaleza. Pese a que la domina con sus inventos técnicos, el hombre se aúna raras veces con la naturaleza, fundiéndose y renovándose en sus inagotables energías...

Y contemplando el sol en los instantes de hundirse entre los mástiles en las aguas encendidas del río, compartimos, los dos, ese pan-teísmo purificador, que nos consuela de las miserias humanas y eterniza nuestra pobre existencia terrenal.

● Proseguirá ●

UNA OBRA

de gran interés histórico:

«LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA»

escrita y satisfactoriamente documentada por José Peirats

Tres tomos, 2.200 francos.

Solicítarla a esta Administración

COMENTARIO «LOLITA» y «EL AMANTE de LADY CHATTERLEY»

Estos libros están volcados abiertamente al tema sexual pero la manera con que lo tratan ambos es tan diametralmente opuesta como pueda serlo el copo de nieve inmaculado de la cumbre frente al lodazal del bajo fondo.

Mientras D. H. Lawrence, en su libro hace un canto a la naturaleza y un ataque directo contra los prejuicios sociales y a los obstáculos que la sociedad opone a los instintos sanos de los seres, Vladimir Nabokov en su «Lolita» explota todo lo más bajo y morboso que el ser humano tiene.

Lo absurdo en todo esto es que mientras «Lolita» se imprime y se vende sin ninguna clase de reparo en los Estados Unidos —no digamos ya en Francia donde Gallimard hace ya tiempo que la ha lanzado al mercado— y en el mercado latino americano ocurre lo mismo, «El Amante de Lady Chatterley» se vió decomisado en las Oficinas de Correos estadounidenses por inmoral, obsceno y chabacano. He aquí como reza el comunicado que lo condena: «Los méritos literarios de la novela están compensados por muchas frases en que los términos obscenos y chabacanos hacen del libro una obra inmoral. La historia de «El amante de Lady Chatterley» se circunscribe, principalmente, a la de las relaciones vergonzosas evocadas por el título, es decir: «El Amante de Lady Chatterley», o sea sus relaciones ilegítimas. A lo largo del relato, el autor ofrece muy a menudo descripciones extremadamente detalladas del acto sexual, de los pensamientos y de las emociones de los participantes, antes, durante y después del acto, de sus movimientos físicos —igual internos que externos— de los esfuerzos repetidos de Lady Chatterley para lograr el orgasmo. De los métodos que usa para ello y de las sensaciones que alcanza. Todo ello autoriza a la conclusión de que el libro publicado por «Grove Press», constituye un material obsceno, lascivo, lúbrico e indecente según



EL polifacético «Time» de Nueva York en su relación de «Best seller» semanal hace aparecer con insistencia ininterrumpida, entre los diez libros que más se venden en los Estados Unidos «El Amante de Lady Chatterley». Desde el día en que le fuera levantada la censura, a primeros de mayo, hasta este momento, no ha habido una sola semana en que no haya aparecido nuestro libro figurando inclusive tres veces en el primer lugar y ocho en el segundo.

Quando empezó a figurar como «Best seller», codeándose con «el, aparecía también «Lolita», el cual llevaba igualmente largo tiempo acaparando alguno de los diez primeros sitios.

la sección 1461, título 18 del Código Penal y, por lo tanto, no será distribuido por el servicio de Correos.»

Indudablemente que algo tiene que funcionar mal en el mecanismo burocrático de los organismos dedicados a tamizar cuales son las lecturas aptas y las no aptas para el público norteamericano. A los 31 años de haberse publicado por primera vez, (Lawrence lo publicó en Italia en 1928, cuatro años antes de su muerte) se le ocurre a una editorial estadounidense hacerlo por primera vez en los Estados Unidos en su versión integral con los resultados que ya hemos señalado.

A los editores de la «Grove Press» no les podía resultar mejor

por VICTOR GARCIA

la medida ya que no hay mejor propaganda que la prohibición y como lo refleja la página del «Time» «El Amante de Lady Chatterley» ha conseguido un record de venta a pesar de tratarse de una obra escrita y publicada hace ya más de 30 años.

Este impedimento para salir a la luz pública del libro de D. H. Lawrence no es el primero en su «Via Crucis», ya que el incidente que levantó más revuelo en el Japón en el año 1952 fué precisamente el proceso levantado contra el traductor y el editor de «El Amante de Lady Chatterley» en lengua japonesa.

Ito Sei, el traductor y escritor de avanzada nipón fué procesado por ultraje al pudor así como el editor de la obra. Ito se vió libre de toda acusación en la primera causa el 28 de enero de 1952 mas no el editor, que se vió condenado a una fuerte multa. Este hace apelación y la Corte ratifica el castigo multando esta vez, también, al propio Ito Sei. De allí la causa pasó a Casación pero ya el público se tomó la cosa por su cuenta y la mayoría de escritores nipones manifestaron en pro de la libertad total del Arte.

Los argumentos de ambas obras, en síntesis, pueden resumirse así: En «Lolita» la narración toma la forma autobiográfica. Humbert Humbert la escribe cuando ya es un condenado a muerte y espera el fin de sus días de un momento a otro. Es un hombre ya maduro que siente una atracción sexual por las niñas iniciándose a la pubertad. Debido a la pasión que

siente por Lolita que cuenta con 12 años, se casa con la madre cuya muerte desea infinitas veces. Un accidente le ahorra su primer crimen y, desembarazado de la madre pasa a ser el tutor de Lolita e inicia la conquista del cuerpo codiciado por tanto tiempo. Decide halagar a Lolita y emprende un viaje por los Estados Unidos con ella. En esta fase descriptiva de la manera de vivir americana —Nabokov es de descendencia rusa. Su familia emigró en 1919 a Inglaterra y sus estudios fueron en Cambridge. En 1940 fija su residencia en los EE.UU. donde ejerce el profesorado de literatura rusa en la universidad de Cornell— Novakov demuestra una genialidad fantástica y un sentido del humor des-

arrolladísimo por lo que desde un principio no podemos negarle al autor, que escribe con una lengua que no es la suya, dotes literarias excelentes. En el hotel, en la primera noche de gira, suministra a Lolita somníferos con la intención de mejor poseerla. Los somníferos no surten efecto y el pobre Humbert se pasa una noche en blanco y sin posibilidad alguna de satisfacer sus apetitos sexuales. A la mañana siguiente, Lolita se despierta fresca y radiante y lo primero que se le ocurre es poseer a Humbert. Estos inesperados son el fuerte de Nabokov y en ellos se basa para poner el sentimiento morboso del lector en ascuas. Lolita había frecuentado los «campings» donde ya se había iniciado al coito. Con una perversidad impropia de su tierna edad, Lolita se convierte en la «violadora» del pobre Humbert que se ve abandonado, un tiempo más tarde, en beneficio de otro viejo que contrae matrimonio con Lolita, que pasa a ser una madre potencial a los 17 años, Humbert la ayuda económicamente al tiempo que le propone dejar el hogar. Ella no quiere y Humbert termina matando al marido y es por tal delito que lo encontramos en la cárcel.

En «El Amante de Lady Chatterley» Lawrence nos presenta tres personajes logradísimos: el guardabosque Mallors, Lady Chatterley y Lord Chatterley. Lord Chatterley quedó castrado a resultas de la guerra antes de poder realizar el más caro de sus anhelos: tener un heredero. Hombre tenaz y subyugador, instiga continuamente a

su mujer para que trate de quedar embarazada. Lady Chatterley escucha con repugnancia estas insinuaciones que implican el tener que copular con una persona que no ama. Es cuando surge Mellors, arisco pero sano de mente y de espíritu. La naturaleza hace el resto y Lady Chatterley queda encinta. Lord Chatterley se da cuenta que el ir de los acontecimientos ha escapado de su mano de hierro y que su voluntad no puede nada frente al amor surgido entre su mujer y el guarda bosques. El desenlace es la renuncia por parte de Lady Chatterley a su vida de castellana y de abolengo para unirse a Mellors.

D. H. Lawrence volcó todo su sentimiento en esta obra. Su empeño era el demostrar que el amor completo es la comunión del cuerpo y la del espíritu. Las escenas ante las cuales se horroriza la censura americana son las más humanas y sanas que refleja el libro porque en ellas los amantes están desnudos de ropas y de reservas.

Además de la disposición tomada por las autoridades americanas se celebró también un juicio donde acudieron Saul J. Mindel en representación del Departamento de Correos y Charles Rembar, representando a la «Grove Press» el cual trajo como testigos a dos escritores: Malcom Cowley y Alfred Kazim.

A una pregunta de Mindel, el literato Cowley afirma que para Lawrence las relaciones entre Mellors y Lady Chatterley eran las verdaderamente matrimoniales.

Mindel. — A pesar de que ella estaba aún unida legalmente a Lord Chatterley?

Cowley. — Efectivamente seguía ligada legalmente a Lord Chatterley, pero se trataba de un matrimonio que el Estado de Nueva York hubiera anulado con suma facilidad. Ud. lo sabe muy bien.

Mindel. — Este problema no es de mi incumbencia.

Cowley. — En muchos estados la impotencia es un motivo de anulación de matrimonio.

Mindel. — ¿El personaje de Lady Chatterley le es querido a Lawrence y es ella que acoge con placer la idea de que conciba un niño fuera del matrimonio?

Cowley. — No, ¡Con placer no! Si Ud. recuerda bien el texto y el argumento, ella acepta esta posibilidad, pero algo — y no recuerdo ahora la frase— se rebela en ella, en su entraña, contra la idea de tener un niño con cualquiera. Para tener un niño le era menester encontrar a un hombre con quien se sintiese unida y, finalmente, tiene el hijo de Mellors.

Mindel. — ¿Está Ud. de acuerdo que para pintar este «amor» se use el procedimiento literario de describir de manera repetida en sus menores detalles las relaciones sexuales de la pareja y las emociones que sienten antes y después del acto? ● A la página 9 ●

LOS LIBROS

Venezuela, tierra de titanes



Montañas aserradas, acantilados vertiginosos, desfiladeros de muerte. Sabanas anchas de verdifloras epidermis; Venezuela. Formaciones rocosas de mundos perdidos, fantástica visión de cataclismos, roídos por los milenios, suavizando llanos y quebrados telúricos, con los colores de la flora y las cristalinias fuentes.

Los arroyos se lanzan al precipicio desde los altos montanares, buscando geológicos cauces para perderse a través de las selvas y los pueblos.

Este paisaje nos lo trasmite Jean Aristeguieta, en «Viaje maravilloso», acompañada de Conie Lobell; ambas directoras de «Lírica Hispana», la más prestigiosa revista poética de todo el continente americano, fundada en 1943.

Estos horizontes fantásticos, no pueden quedar indiferentes a sus nativos; por eso Venezuela, majestuosa de potestades montañosas, es a la vez país de gigantes de la talla de Simón Bolívar, Francisco Miranda, Antonio José de Sucre, vencedor del Ayacucho y universales escritores de cuño liberal como Andrés Bello, Rómulo Gallegos, autor de «Doña Bárbara»; Rómulo Betancourt o poetas como Andrés Eloy Blanco, de frágil corazón y alma grandiosa, cantor de «Los angelitos negros», y amigos ilustres como Carlos Blank Antich, colaboradores, casi todos, de «Humanismo».

Cuna egregia de riqueza y poesía, donde nació Jean Aristeguieta, la inspiradísima cantora de Simón Bolívar, la cual nos envía este rico manojo de narraciones: «Viaje Maravilloso».

Venezuela fué también admirada por Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, y actualmente por Juana Ibarbourou; los tres cisnes de América. Queda la gloria de pertenecer a sus venas, Jean Aristeguieta.

Jean nació en Guasipati, Guayana venezolana. Ha recorrido Francia, España, Grecia, Brasil, Estados Unidos, creando en su inagotable inspiración, Memoria Floral en VII cantos por el alma de Teresa de la Parra; Poema de la llama y el Clavel; Abril y Cielo marino y otras innumerables obras de talento, de prosa y poesía. Ha sido traducida en varios idiomas. Su última creación, «Viaje Maravilloso», nos conduce a las altiplanicies y escabrosidades venezolanas, en evocación de lo caótico, dormido en las anchas lejanías de la Civilización.

Ripios de perezosas nubes, rémoras acoladas en las pétridas gar-

VIAJE MARAVILLOSO de la ilustre poeta venezolana Jean Aristeguieta, nos llega como un mensaje pintoresco hechizado de mágicas evocaciones; impresionantes reflejos recibidos a través de los pueblos de Simón Bolívar, El Libertador. Siguiendo las vértebras lumbares de los Andes; columbrando alturas, puntos culminantes como el Paso del Aguila, 4.118 metros. El Pico Bolívar, 5.007 metros, en el Estado de Mérida. El Orinoco: 2.400 kms. de curso; crimáticas congregaciones jalonadas, aclimataciones diversas; edénicas urbes exuberantes. País de cromáticos contrastes, cuna de próceres, solar gigantesco de promiscuas criaturas; tal es Venezuela.

gantas de los Andes, lamando cúspides con lenguas de vaporosos paquidermos.

La autora de este viaje, queda como lilliputiense viajera, subyugada ante el gigantesco paisaje, pasando respectivamente por San Juan de Colón, Michelena, Lobatera Palmira, Táriba, San Cristóbal, Cordero, El Páramo Zumbador, El Cobre, La Grita, Valles de la Grita, El Páramo de la Negra, Balladores, Rubio, Santa Ana de Táchira, Capacho, Borota, Zarca Peribeca, Ureña, Aguas Calientes, San Antonio del Tachira, Cucutá, Pamplona (Colombia), El Estado de Mérida, Páramo de Mucuchies, Sierra de Santo Domingo, Barinas, los llanos occidentales, El Estado Portuguesa, Carabobo y hasta Caracas, de regreso. Sólo estos nombres barruntan leyendas.

Porque además lleva en este recorrido de arquitectónicas alturas, un arpa de acentos musicales que no puede dejar al hombre insensible al contemplarlo. Arranca la poesía del alma del poeta, y necesita ser loado por las fuentes, el viento, la lluvia, la pluma y el pincel; porque es un paisaje para glorificar eternamente, como potestad en la majestuosa naturaleza.

Sólo las criaturas de lírico polen, como Jean Aristeguieta, pueden contemplar, adivinar el lenguaje ignoto, la brisa, la tempestad, el canto de las fuentes y el movimiento de las hojas cribadas por el viento, siendo sin hipérbolos, tan pintoresca la fuerza de su verbo, que la misma Naturaleza que describe.

«Suelo donde florecen las canciones
[nes
de amores, frutos, aguas, esperanzas].»

La poeta siente, vibrándole el alma de típicas sensaciones ante el vitral geológico, el vértigo de lo grandioso y la maestría multimilenaria. Describe con suave prosa poética el araguaney (árbol nacional de Venezuela de amarilla florescencia).

«Sus lindes son relámpagos de flores
[flores
araguaneyes fieles de amarillos.]»

Después pinta con elegante pluma:

«Abismos de una torrencial soledad (montañas y abismos donde no puede jugarse a ser humana sombra).»

Michelena, viajando desde Caracas a San Cristóbal, presencia de noblaciones dormidas en estancada rutina; San Cristóbal de triste

recuerdo, por la ejecución de tres patriotas regionales ahorcados por orden de Eustaquio Gómez, mandón de turno del Estado Tachira. (Tristes recuerdos como éstos, tenemos de todas las ciudades, aldeas y aldehuelas de España, adonde no hay pueblo que los bárbaros de Franco no haya asesinado sumariamente la mayor parte de su juventud).

Jean nos retrata simultáneamente dulzuras lugareñas, lindes y lejanías en el rico caudal de sus conocimientos botánicos. Nos sentimos como en un álbum de ematopeya rústica y vegetal a la vez, sondeando pueblos, seres, y costumbres autóctonas. Dice, de Pamplona (Colombia), que «los rostros de la gente reflejan también intemporalidad. Rostros meditativos como en un aislamiento hermético...»

De Mérida escribe:

«Ambiente desvaído con el panorama de cerros rocosos. Casas miserables a la orilla del río. Mucha caña y plátanos.»

Hay un contraste de exuberantes riquezas de los campos, y paupérrimas soledades de resignación indigente.

Conviene señalar, al referirse a los rebaños, que cada animal de

grey doméstica, tiene sus nombres colectivos relativos a su especie. No podríamos ser precisos en escribir rebaño de vacas; diríamos mejor, hato de vacas, rebaño de ovejas, piara de cerdos, bandada de grullas, recua de acémilas, conjunto de abejas, etc.

Todas las obras suelen adolecer de pequeños detalles insignificantes con el conjunto del texto provechoso y didáctico.

El vocablo Jean Aristeguieta es ingenioso y pintoresco. Elegantes perifrasis, flexibles aliteraciones, conciso substancial impresionista: A cada periodo añade un apéndice de estrofas, porque no puede pasarse del poema; lo lleva en sus venas, siendo debido al paisaje señero y gigantesco de Venezuela. País de talentosos gigantes, cuna de titanes, los héroes no mueren, alargan más sus umbrías siluetas en el ocaso, renacen con el holocausto y su eternidad se vigoriza en la anuencia de sus poetas. Por eso Jean Aristeguieta lleva un verso a cada capítulo de su «Viaje Maravilloso» porque todo lo que contempla, montañas, campos, fuentes y pueblo, todo es poesía. «Acudan las brumas a ceñir este

[himno
acudan las águilas de los mitos
acudan los frallejones enardecidos
acuda la escarcha (doncella fasci-

[nante).»
Su misticismo lleva raigambres dogmáticas franciscanas; tiene fe en la poesía hispana y dirige en unión de Conie Lobell, la más rica y desinteresada revista de antologías del Continente Americano «Lírica Hispana» con el crisol: Poesía esencia del todo.

VOLGA MARCOS

«Lolita» y «El amante de Lady Chatterley»

● Viene de la página 8 ●

Cowley. — Creo que este procedimiento obedecía al objetivo que perseguía Lawrence, el de rasgar los velos, el de volver realísimas las relaciones de los personajes, el de despojarlas de toda sensiblería, haciéndolas apasionadas y profundas.

La polémica fué mucho más larga y a través de toda ella Cowley trata de demostrar la ausencia de toda morbosidad en la pluma de Lawrence. Todo ello lo corrobora el hecho de que la obra iba a tener como título, en lugar del conocido, el de «Ternura».

En resumen, un poco más y veremos sentando a Lawrence junto a los «malditos» de todos los tiempos que la posteridad se encarga siempre de rehabilitar. D. H. Lawrence está consagrado como escritor cómo lo están los que se sentaron en el banquillo antaño: Baudelaire, Rimbaud, Poe...

El hecho de que el gran público

se volque sobre la novela tipo «Lolita» no puede hacernos perder de vista la verdadera misión del escritor, y ésta no es la abrazada por Nobakov y su oportunismo explotando los sentimientos morbosos de nuestra sociedad.

SOLIDARIDAD OBRERA
ELEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C. C. P. Paris 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
(PARIS X)

TELEFONO

Red. y Adm. BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 210 francos

Semestre 'pt 078

Año 'pt 024

Precio del ejemplar 70 ld.



Un conflicto histórico:

El ciudadano puede defender su libertad individual hasta cierto punto, hasta donde las necesidades sociales se lo permitan.

S TUART Mill lo reconoce implícitamente cuando habla de un límite entre la intervención legítima de la opinión colectiva y la independencia individual. Hay aquí un problema de límites entre esferas distintas que no hay que considerar opuestas.

Las diferencias son partes de un todo, de una unidad; las diferencias pueden integrarse armónicamente. La oposición entraña todo lo contrario, es la ruptura de la unidad posible. No es una tensión como la del arco heraclíteo, que es una tensión vital de coajuste dinámico, de equilibrio fecundo, sino una ruptura del arco. La crisis del individualismo pudo resolverse con sentido de equilibrio, de superación. Pero se resolvió con sentido violento de ruptura, poniendo frente a frente, como términos contrastantes, las nociones de individuo y de sociedad. Del individuo como absoluto se dió el salto mortal hacia la sociedad como absoluto.

Pero no nos dejemos engañar por las palabras, que sobre todo en el lenguaje político suelen ser insidiosas en cuanto a su contenido real. Pues esta sociedad no es tal, es la máscara con la cual el Estado se cubre como justificación ideal de su nueva presencia absolutista. Desarraigada de las conciencias humanas como vana ilusión, como espejismo retórico, el derecho a la libertad individual, quedó el campo abierto para el ilimitado desarrollo del principio de autoridad centrado en el Poder político. El socialismo teórico y el proceso práctico de socialización de la vida humana, nacidos ambos de las entrañas del capitalismo como hermanos siameses, crearon la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual. Pero lo colectivo es una abstracción que se cristaliza en el Estado cuya expansión de Poder conocemos hoy con un vocablo adjetivo que perfila su cabal naturaleza: el Estado totalitario, antípoda del Estado liberal. La declaración de principios de esta nueva forma de Estado la formuló Mussolini en un discurso famoso; dijo el dictador: «Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado». En otra oportunidad fué menos laconica su formulación dogmática. Vale la pena recordarla: «El Estado fascista, la forma más alta y más poderosa de la personalidad, es una fuerza, pero espiritual. Asume todas las formas de la vida moral e intelectual del hombre. No puede, por lo tanto, limitarse a la simple función de guardián del orden, como quería el liberalismo; no es un simple mecanismo que limita la es-

fera de las llamadas libertades individuales. Es forma y norma interior y disciplina de toda la persona: penetra en la voluntad como en la inteligencia. Su principio, inspiración directora de la personalidad humana reunida en sociedad, desciende hasta las profundidades del ser y hace su nido lo mismo en el corazón del hombre de acción que en el del pensador, en el del artista como en el del sabio: alma en el alma.» Y más adelante insiste: «El liberalismo pone el Estado al servicio del individuo; el fascismo reafirma al Estado como la verdadera realidad del individuo».

Esta clara y enfática teoría del

que la parte domina, sujeta, violentamente al todo. La lógica se ha dado vuelta. ¿Pero qué es este Estado omnipotente? Es un instrumento que, al decir de Cassirer, ha sido transfigurado en un Mito. El punto de partida de esta transfiguración lo dió Hegel cuando afirmó en su «Filosofía del Derecho» que «ninguno de los ciudadanos se pertenece a sí mismo, porque todos pertenecen al Estado». El Estado es, para Hegel, el sumo bien; es un ideal y termina siendo una religión. Por eso pudo decir Mussolini, con místico lenguaje, «es alma en el alma». Sólo que como el Estado es un instrumento, este ideal, este bien, esta religión

por Luis DI FILIPPO

Estado antiliberal no era, desde luego, exclusiva del movimiento italiano. Era también, con sus variantes de lenguaje, la del Estado nacional socialista alemán; y es expresada con su peculiar léxico dialéctico por los Estados totalitarios del socialismo, que presume de ortodoxo, en las llamadas democracias populares comunistas. La fórmula «todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado» no puede ser más absolutista.

Merced a ella desaparecen, de hecho, la sociedad y el individuo al mismo tiempo. El Estado ya no es parte de la sociedad, es el todo que aglutina en su férrea estructura los términos de individuo y sociedad aniquilándolos como fines en sí mismos. Con lo cual va dicho

o «fuerza espiritual», es el del partido o la clase que se instala en su puente de mando. Esta desnuda realidad es adornada retóricamente con frases destinadas a herir la imaginación de los creyentes. Mussolini decía que su Estado era una fuerza, pero espiritual. La espiritualidad de esta fuerza la imponía poco espiritualmente garrote en mano, se la impone aún en todas las dictaduras con el terror policial, con los campos de concentración, con las purgas sanguinarias, porque no hay religión, por más laica que sea, que no tenga sus he-rejes.

El naufragio de la libertad en este mar caliente de falsa religiosidad política es absoluto. Pues ya no se trata de liquidar el liberalismo, entendido éste como expresión política de un momento histórico caduco, o como expresión de una manera de actuar en la economía y en las finanzas; se trata de una agresión mas radical, más vasta y más profunda.

Lo que se niega en semejante filosofía de la vida y en semejante estilo de disciplina política es la personalidad humana, se niega el derecho del hombre a su autonomía, a su intimidad, el derecho a tener un alma que podrá o no enajenarla voluntariamente a un ideal por él libremente elegido. Se le niega al hombre la opción a no ser un niño perpetuo, al cual según la expresión humorística de Chesterton, el Estado hasta se encarga de limpiarle las narices, sin duda por considerarlo inepto por hacerlo por su cuenta. Sospechamos que cuando a Chesterton se le ocurrió semejante humorada hubo de pensar en Fichte. Este otro filósofo alemán había dicho: «El Estado, como Dios, como el tutor de menores, responsable solamente ante la propia conciencia, tiene el derecho de obligar a estos últimos a salvar-

se». Así hablaba Fichte en sus famosos «Discursos a la nación alemana». Para este tipo de Estado salvacionista, que es como Dios, todos somos perpetuos menores de edad siempre necesitados de paternal tutoría. Este paternal pedagogo cree lamentablemente en el sistema educativo expresado en la vieja sentencia: «la letra con sangre entra».

El teórico socialista inglés Lasky admite que la existencia del Estado «es un modo de regular la conducta humana». Pero los místicos del Estado totalitario le enmiendan el soneto, pues para éstos es el Estado el único modo admisible de regular la conducta individual. El problema tan íntimo de la conducta ya no es personal. No pertenece al hombre como deber, ni como derecho. La filosofía de la libertad rechaza enérgicamente semejante arbitrariedad por inhumana. Subraya esta circunstancia Francisco Ayala, en su «Historia de la libertad», cuando dice que el vivir del ser humano «sólo es comprensible en función de la libertad, pues consiste en elegir, para cada momento, su conducta, entre un repertorio más o menos amplio de posibilidades».

Allá por el año 1934, en las páginas de «El Espectador», anunciaba Ortega y Gasset: «La divinidad abstracta de lo colectivo vuelve a ejercer su tiranía y está causando estragos en Europa... El poder público nos fuerza cada día a dar mayor cantidad de nuestra existencia a la sociedad». Claro que como «el Estado es todo lo social» para la teoría y la realidad política antiliberal ya entonces en auge, salta a la vista que esta Sociedad de la cual nos habla Ortega no es otra cosa que el Estado en su nueva figuración místico-revolucionaria.

El movimiento socialista o colectivista —decimos movimiento, no partido; para englobar a todas sus expresiones desde el socialismo, al sindicalismo y al comunismo— en la tensión individuo-sociedad puso el énfasis en la Sociedad, en lo social, en lo colectivo. Pero en ningún momento los creadores del movimiento entendieron negar la personalidad humana. El mismo Marx usaba expresiones humanistas en sus escritos polémicos; no ponía mucho énfasis en ellas, pero tampoco las desconocía. Pero en éste, como en tantos otros movimientos revolucionarios de la historia, la lógica de las circunstancias, de los hechos, que suele ser una lógica ciega, desbordó o rectificó hasta la negación, la lógica de las ideas y de las intenciones. Como si la tensión individuo-sociedad fuese un nudo gordiano inextricable de imposible resolución armónica, la espada del Estado dictatorial vino a cortarlo con la violencia. Sólo que el tajo fué tan vasto que perdiendo la noción de los límites tronchó las dos cabezas de la antítesis bifronte: la cabeza del individuo y la de la sociedad al mismo tiempo.

Nada tiene derecho a existir fuera del Estado; ni el individuo, ni la sociedad; o sea: ni el comercio, ni la industria, ni la ciencia, ni el arte, ni la religión, ni los deportes, ni las diversiones más triviales; ni la vida del espíritu, ni la de la economía. El proceso de social-

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO dedicado a la Escuela Moderna y a su fundador Francisco Ferrer Guardia



Número de 40 páginas correspondiente a los meses de Noviembre y Diciembre de 1959 (números 71-72). Aparecerá a primeros de Diciembre conteniendo estudios biográficos y pedagógicos de Rodolfo Rocker, Sebastián Faure y A. Naquet; anotaciones históricas de Augusto Bertrand; carta de Pedro Kropotkine a Ferrer Guardia; aportaciones de Hem Day, historiador belga, y de Albano Rosell, profesor racionalista de la época; defensa de F. Ferrer Guardia ante los tribunales efectuada por el capitán F. Galcerán Ferrer; colaboraciones de José Alberola, José Peirats, Nemesio Alvarez, Juan Ferrer y otras que se irán añadiendo; más los discursos íntegros del Mitin Racionalista efectuado el día 9 de octubre en la Mutualidad de París.

Un esfuerzo que los amigos del Suplemento Literario de «SOLI» compensarán recomendándolo a sus amistades. Precio del ejemplar: 140 frs.

el Hombre y la Sociedad



zación necesitó apenas un siglo de experiencias para venir a parar en esta monstruosidad política y a esta aberración ética.

Tras la crisis del liberalismo advino la crisis del socialismo sacudido también éste por tremendas contradicciones entre su ideal primigenio y su realidad posterior en una gradual y constante desviación del impulso humanitario inicial. Pues no hay que olvidar la circunstancia histórica de que el socialismo tiene mucho que ver con la filosofía de la ilustración del siglo XVIII, en cuyos ideales humanitaristas se nutrieron los primeros apóstoles de la nueva fe naciente.

Este aspecto del proceso socialista ha sido registrado por muchos historiadores. Bástenos citar ahora la opinión autorizada de Rodolfo Mondolfo cuya obra «Espíritu revolucionario y conciencia histórica» tiene amplia difusión entre nosotros. Mondolfo observa: «De modo que la posibilidad de que una clase llegue a afirmaciones de carácter universal residía, para Marx, en sus condiciones históricas. La condición en que se encontró, en el aspecto político, el tercer estado —o sea la burguesía— observa Marx, se repite radicalmente y en todos sus aspectos para el proletariado, cuyas exigencias asumen, por lo tanto, un valor ético universal de liberación humana». Conviene que nos detengamos un instante sobre esta frase «liberación humana». El adjetivo humano, de donde deriva su colectivo humanidad, nace de la palabra hombre. Por donde hasta Perogrullo descubriría que la liberación humana es la liberación del hombre, que no se puede liberar al todo prescindiendo de sus partes. Parece innecesario este razonamiento lógico. Mas no lo es. Pues en trance de aberraciones mentales, ahora resulta que quienes se consideran teóricos liberadores de la humanidad son prácticos esclavistas del hombre. Es que la mentalidad colectivista todo lo concibe en términos de gran volumen, en generalizaciones, en abstracciones, sin duda por radical oposición a lo individual, cuando lo individual es lo concreto, lo real, lo positivo.

Unamuno, que no era sociólogo, que desdeñaba la sociología, quizás por eso mismo vió con mucha claridad el problema cuando en las páginas iniciales de su obra más significativa «Del sentimiento trágico de la vida», afirmó: «El adjetivo humanus me es tan sospechoso como el sustantivo abstracto humanidad. Ni lo humano, ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso... ¿Cuánta distancia entre esta afirmación del hombre y la otra afirmación de las masas!»

A esta filosofía humanista no estuvo ajeno el mismo Marx, como ya dijimos. En efecto, a Marx corresponden expresiones como éstas, que tomamos citadas por Hans Barth en *Verdad e Ideología*: «es el orden social en que está abolido el principio de la división del trabajo, no hay pintores, sino, a lo sumo, hombres que, entre otras cosas, también pintan». Mediante la

división del trabajo, el individuo —según Marx— se vuelve unilateral, atrofiado, determinado. La sociedad devenida realidad, esto es, la sociedad en la que ya no hay división del trabajo, produce como su realidad constante al hombre en toda la riqueza de su ser, en todas sus profundidades. El desenvolvimiento original y libre de los individuos no es una palabra vacía únicamente dentro de la sociedad comunista. Y finalmente, «la reivindicación de la vida humana real como su propiedad significa el devenir del humanismo práctico». Como se ve, Marx no desdeñó el léxico humanista, sólo que tiene mucho cuidado en usar la expresión «humanismo práctico» para distinguir el suyo del otro clásico, renacentista. El hecho positivo de que este humanismo práctico de la teoría marxista haya venido a parar prácticamente a condiciones de vida civil que son la negación de todo humanismo, es un misterio que sólo los teólogos de las dictaduras militarizadas pueden explicar con sus peculiares sutilezas dialécticas incomprensibles para quienes no tenemos mentalidad escolástica tan acusada.

En realidad, ha ocurrido que del frondoso tronco socialista han nacido muchas ramificaciones, de las cuales dos por lo menos ilustran la contradicción que señalamos. Lo apunta claramente Mondolfo: «El contraste entre estas dos orientaciones se basa, pues, en la oposición entre dos conceptos antagónicos de la persona humana: uno, que la considera como un puro medio para la realización de una finalidad objetiva que la trasciende, y el otro, que la reconoce como verdadero fin en sí, y quiere con-

quistar para ella la posesión y el respeto de su dignidad moral. Por lo tanto, en su acción, el primer sector reclama al hombre para el socialismo, mientras que el segundo quiere el socialismo para el hombre.»

Como se ve, estamos girando en torno a un círculo vicioso: el hombre para el Estado, o el Estado para el hombre. O sea: el hombre como medio o como fin. Es el viejo problema planteado por Protágoras en las horas iníciales de la filosofía clásica: el hombre como medida en todas las cosas, punto de partida del humanismo. El liberalismo no pudo resolver el problema, pues se quedó a mitad del camino acosado por circunstancias adversas a su planteo ideal. Pero la reacción contraria, la colectivista, al dar vuelta a los términos del planteo, al ponerlos del revés, ni siquiera se quedó a mitad del camino, pues no lo recorrió en absoluto prácticamente. En cierto sentido, fué peor el remedio que la enfermedad. El liberalismo fué insuficiente en su aspiración de dar contenido práctico a su libertad teórica en el sentido de hacerla compatible con la justicia. La reacción antiliberal puso el énfasis sobre el concepto de justicia social, pero anuló la libertad desdeñándola como una ficción abstracta. Espiritualmente fué más eficaz a los fines humanos el planteo liberal. Pues, como lo señala Laskv, «la necesidad mercantil de ser libres en el campo de la economía privada, forma una filosofía de la libertad para todos». La lógica de la doctrina supera las limitaciones de clase trascendiendo sus límites.

La solución del problema, ahora

lo comprendemos con dolorida experiencia, a la luz de la historia vivida en estos últimos decenios, está en hacer compatibles la libertad con la justicia, ambas igualmente necesarias para integrar el ideal de una vida capaz de brindarnos esa dignidad del hombre, apetecida como meta en vano buscada por tan diversos caminos.

Para llegar a esta meta, o tan sólo para avanzar hacia ella, hay que vencer muchos obstáculos que obstruyen el camino. No son los más fáciles de superar nuestros particulares prejuicios adquiridos merced a una intensa educación colectivista, en buena parte determinada por los hábitos adquiridos por la presión social. Son significativas estas palabras de John Dos Passos: «La palabra misma (individualista) es sospechosa. Inclusive, mencionar individualismo o individualidad en círculos absorbidos por ideas preconcebidas, «actualistas», es exponerse al ridículo.»

—Que los periódicos se ocupen de individualismo. ¡Qué horror!— exclamó una señora a quien intenté explicar por teléfono lo que me proponía en Princeton cuando fui allá a presentarle mi periódico.»

En menos de un siglo, de la exaltación racional del individualismo hemos pasado a este horror irracional en boca de una mujer común. Pero mucho más lamentable que el énfasis oscuro de la negación femenina, es la negación lúcida, reflexiva, de quienes consideran anacrónica la subsistencia de la individualidad en un mundo al parecer condenado fatalmente a rechazar la peligrosa libertad relativa del pájaro en homenaje a la vida segura pero esclava del hormiguero disciplinado. FIN



De la Luna a la Tierra o la realidad aproximada

Todavía el problema de la cerámica ibérica

a) ARCHENA (ver lámina)

La necrópolis del *Cabezo del Tío Pio de Archena* (provincia de Murcia) de donde salieron los hermosos vasos conocidos, fué saqueada para vender sus piezas que compraron, sobre todo, Vives y Heiss — sin duda proceden de Archena los vasos de la colección Heiss publicados por Obermaier, aunque eso no se diga explícitamente — y las excavaciones metódicas que por fin pudieron emprender San Valero y Fletcher (60), además de estudiar algunas casas del poblado, no lograron descubrir más que algunas sepulturas que habían permanecido intactas, pertenecientes al siglo IV. En estas sepulturas había, con fragmentos ibéricos con decoración de segmentos de círculos, vasos griegos de figuras rojas, de estilo decadente y cerámica barnizada de negro: platos áticos con palmeras estampadas y una cratera negra del tipo de las « Rippenkrateren ». Pudo también comprobarse que las sepulturas de donde antes había salido la cerámica con decoraciones florales y animales eran cámaras rectangulares que pueden compararse a las de Calera. Con todo, pueden aventurarse algunas conclusiones que se refuerzan con lo que puede deducirse de los vasos de Verdolay, de que se hablará luego.

En las cámaras excavadas por San Valero y por Fletcher en Archena, se hallaron fragmentos de cerámica ibérica con decoración humana de un estilo que parece más evolucionado que el del vaso de los guerreros del Museo Arqueológico de Madrid, y que puede compararse con un fragmento de la colección Heiss con un jinete. No hay tales fragmentos ni «carnassiers» ni decoraciones animales; con la excepción de un fragmento con una cabeza de pájaro; pero si fragmentos con decoraciones florales con la flor parecida a la palmeta griega combinada con hojas y con motivos espiraliformes. Estos motivos florales relacionan la etapa representada por los vasos de Oliva con los fragmentos de Archena en cuestión y, a la vez, se comprueba que los últimos, lo mismo que las decoraciones de Oliva, parecen más evolucionados que los motivos semejantes del estilo clásico de Archena conocido por los casos encontrados antes de las excavaciones metódicas de San Valero y Fletcher.

Los hallazgos de las cámaras del poblado, así como los de las sepulturas de Archena, podrían fecharse sobre todo a principios del siglo IV, fecha que se da a los fragmentos áticos que se conocen de esta localidad y que fueron estudiados por Beazley. Pero es el caso de que algunos de estos fragmentos parecen remontar por lo menos a los últimos decenios del siglo V.

Todo ello no es concluyente para

EN el SE. y en Valencia se hallan también las decoraciones florales y animales, ofreciendo una cierta unidad de estilo, las que, desarrolladas con más o menos variantes y transformaciones, o interpretadas localmente, se extienden sobre todo por Aragón, no faltando tampoco en Cataluña. Son las decoraciones que constituyen el problema más grave de la cronología de la cerámica ibérica. Almagro se resiste a fechar las más antiguas antes del siglo IV (59), fecha que aceptan otros arqueólogos españoles que han comprobado que este tipo de decoración continúa más o menos evolucionado y degenerado hasta muy tarde, llegando hasta los principios de la época romana, lo mismo que la decoración geométrica persiste en Andalucía y en Cataluña, al menos hasta el fin de la república romana o hasta principios del imperio.

fechar la etapa clásica de Archena con los «carnassiers» («carnassiers») y los pájaros como los de la colección Heiss, que parecen más antiguos que los hallados en las últimas excavaciones y que puede presumirse que — las decoraciones del *estilo clásico* — remontarían al *segundo tercio del siglo V*. Además, el *estilo clásico* de Archena es algo perfectamente elaborado que responde a un sis-

tema establecido y a cánones artísticos estereotipados. Estamos con él lejos del principio de la evolución. También podría pensarse que este *estilo clásico*, después de su apogeo tiene una *fase menos elegante*, en la que tiende a estereotiparse; como es el caso de algunos de la colección Heiss con el «carnassier» o el pájaro de formas menos puras, dibujados con menos soltura, que pondríamos en relación con los *últimos decenios del siglo V*. De esta etapa sería el vaso con un pájaro del *estilo de Archena*, encontrado en las casas del poblado de Villaricos (provincia de Almería), donde es algo excepcional entre la cerámica exclusivamente geométrica del tipo andaluz, y parece una importación. También los otros dos vasos del *estilo de Archena* o de Elche, encontrados fuera del SE., en Cataluña — el de l'Aigueta y el de Emporium —, parecen indicar que también los mejores ejemplares fueron importados desde el SE., como veremos, y este *estilo* se reconoce también en algún fragmento, como se ha dicho.

por P. BOSCH GIMPERA

tema establecido y a cánones artísticos estereotipados. Estamos con él lejos del principio de la evolución. También podría pensarse que este *estilo clásico*, después de su apogeo tiene una *fase menos elegante*, en la que tiende a estereotiparse; como es el caso de algunos de la colección Heiss con el «carnassier» o el pájaro de formas menos puras, dibujados con menos soltura, que pondríamos en relación con los *últimos decenios del siglo V*. De esta etapa sería el vaso con un pájaro del *estilo de Archena*, encontrado en las casas del poblado de Villaricos (provincia de Almería), donde es algo excepcional entre la cerámica exclusivamente geométrica del tipo andaluz, y parece una importación. También los otros dos vasos del *estilo de Archena* o de Elche, encontrados fuera del SE., en Cataluña — el de l'Aigueta y el de Emporium —, parecen indicar que también los mejores ejemplares fueron importados desde el SE., como veremos, y este *estilo* se reconoce también en algún fragmento, como se ha dicho.

b) VERDOLAY

Otro grupo de hallazgos permite identificar una etapa más arcaica que la representada por los vasos de Archena y que parece precederla. Se trata de los vasos del *Cabecico del Tesoro de Verdolay* (provincia de Murcia).

En Verdolay (61) aparecen decoraciones en las que figuran un «carnassier», series de cabras monteses sobre las que se coloca una

representaría el principio de un *estilo*, en cuya base se hallaría la *aclimatación ornamentosa de tradición orientalizante que se organizaría en un sistema clásico en la etapa de los vasos de las colecciones Vives y Heiss de Archena y que luego evolucionaría, estereotipándose y «barroquizándose» en la última etapa de Archena y en la de Oliva-Liria de la que se tratará después.*

(59) Almagro, *Estado actual*. Reproducción de la cerámica de Archena-Elche en García y Bellido, *Ars Hispaniae*; García y Bellido, *Art. ib.*; Maluquer, *Pueblos, ib.*

(60) J. San Valero Aparisi, D. Fletcher Valls, *Primera campaña de excavaciones en el Cabezo del Tío Pio*. (Archena, *Mems. Comisaría*, núm. 13, 1947); A. Fernández Avilés, *Nota sobre la necrópolis ibérica de Archena* (Murcia, *Arch. Esp. Arq.*, 1943, pp. 115-121); J. D. Beazley, *La cerámica ática del Cabezo del Tío Pio en Archena* (Murcia, «Cuadernos de Historia Primitiva», III, Madrid, 1943, pp. 43-50; Obermaier-Heiss, *Prunkker*.

(61) A. Fernández Avilés, *Excavaciones en Verdolay*. (Archivo *Esp. Arq.*, 1947, pp. 49 y ss); G. Nieto, *Nota sobre las excavaciones realizadas en el necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay*. (Murcia, «Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, fas. XXII y XXIV, 1940); A. García y Bellido, *Arte griego provincial. La figura sedente de Verdolay*. (Murcia, *Arch. Esp. de Arq.*, 1941, pp. 350-352). Reproducción de la cerámica ibérica también en García y Bellido, *Ars Hispaniae*, I. (Madrid, 1947), figs. 315, 319, 320, 321. La estatua sedente en García y Bellido, *Arte ib.*, figura 298.



ARCHENA. — Decoración del «estilo clásico» (segundo tercio del siglo V). De Obermaier-Heiss, *Prunkkeramik*



LOS AFRANCESADOS

por PUIG ESPERT

ME sedujo siempre el asunto y tantas veces como se me ocurrió ponerle la mano encima tuve que desistir, en vista de las innumerables dificultades que me salieron al paso: una de las mayores, la falta de tiempo para dedicarme a un tema que requiere atención y pies de plomo.

Tomé notas, empezando por los antecedentes que a mi juicio determinaron el fenómeno del supuesto antipatriotismo entre la gente más culta de la sociedad española. Y al profundizar en las búsquedas tuve miedo de proseguir en el trabajo y hasta me alegré de que la lucha por la vida me impidiese continuar un estudio que no había de producirme, quizás, sino contrariedades.

No esperéis, pues, lectores, otra cosa que una visión rápida de algunas de las causas determinantes de la posición adoptada por bastantes españoles: unos estuvieron dispuestos a pasar la frontera y se les designó con el nombre de afrancesados, y otros, que se quedaron en su casa, no compartieron menos el pensamiento de los que emigraron.

La España del siglo XVIII adolecía de muchos males que pueden resumirse en uno solo, del cual la España del siglo XX está aún enferma: la superstición.

En realidad ella era una consecuencia de la ignorancia de la masa que llevaba como secuela la rutina de la población rural y su dolorosa existencia.

Las clases dirigentes, no estaban a la altura de las circunstancias, aunque podemos también decir, si me permitis el juego de vocablos, estaban precisamente a su altura: ni más bajas ni más altas.

Sin duda alguna no faltaba la presencia de una selección de personas, las cuales se adelantaban a su época o, mejor dicho, habían nutrido su pensamiento en los manantiales europeos transpirenaicos.

Ante la superstición se instala la creencia y la fe en la cultura, y las Reales Sociedades de Amigos del País, fundadas por Carlos III, eran ya una límpida aurora en el suelo español, pero no eran bastantes sus luces para las necesidades del oscuro país.

El agro ibérico estaba sumido en la mayor miseria y pobreza. El cuadro triste que presentaban Extremadura, Aragón, la Mancha, Castilla y ciertas comarcas de Valencia, hacia mover las plumas de Meléndez Valdés, Cabarrús y Jovellanos.

Mientras estos esclarecidos nombres no cesaban de exponer en sus escritos y discursos la triste situación del campo, Goya, por su parte, la expresa también patéticamente en sus aguafuertes titulados «horrores de la miseria».

La alegría desaparece en el pueblo a causa de la miseria. En realidad, con el estómago vacío no se puede sonreír.

El ilustre Jovellanos dice en su «Memoria sobre las diversiones»: «¿Por qué la mayor parte de los pueblos españoles no se divierte nunca? ¿Quién haya recorrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. Los días más solemnes, en lugar del contento y de la agitación que debería expresar la alegría de los habitantes, reina en las calles y en las plazas una pereza inacción, un triste silencio que no se puede contemplar sin sorpresa y compasión. Si algunas personas salen de sus casas, pa-

rece que sea solamente el tedio y la ociosidad lo que les arranca de ellas y les arrastra hacia la era comunal o el calvario, la plaza o el pórtico de la iglesia. Allí, envueltos en sus capas, pegados en la esquina de alguna calle, sentados o errando de aquí para allá sin finalidad determinada, dejan transcurrir tristemente horas y horas, tardes enteras sin pasearse ni divertirse. Si a este cuadro se añade la aridez y la suciedad de los pueblos, la pobreza y el abandono de los habitantes, su triste y silencioso aspecto, ¿quién no se sorprenderá y afligirá por un fenómeno tan extraño?

Los libros que raramente se ven entre las manos de los niños o de los de la familia capaces de descifrarlos, son de una calidad bastante extraña.

Meléndez Valdés, en uno de sus discursos, cita algunos de ellos menospreciándolos diciendo: «el absurdo» *Carlomagno, La Gruta de San Patricio, El Espejo de cristal fino, Belarmino...* y otros parecidos.

Y entre los propietarios ricos no se descubren en los estantes de sus bibliotecas sino libros de devoción. Jovellanos, obligado cierta vez a quedarse en Pola de Lena en casa de un gran hacendado, Juan González Castañón, porque no había encontrado sitio donde alojarse en la ciudad, tomó buena nota de los siguientes títulos en la biblioteca del tal González: «*Un misal viejo e incompleto; la segunda parte de «Flos Sanctorum, de Villegas; un tomo de la «Filosofía» de Goudín; «La Familia disciplinada»; una «Vida de la Virgen», libro igualmente viejo e incompleto; el «Prontuario de materias morales», de Fray Simón Salazar; «El estado del cielo y de la tierra, de las plantas, de los pájaros, de los animales después del Juicio Final», solamente el capítulo V; «Los gritos del Purgatorio»; «Lunario perpetuo»; un «Devocionario»...*

En 1793, Jovellanos, comprueba por él mismo, en Asturias, cuando trata de buscar suscritores para editar las «Memorias de Asturias», de su amigo Posada, que «las personas que leen no son numerosas», según palabras textuales que salen amargamente de su pluma.

El mismo Jovellanos, anota en su «Diario», cuando en cierta oca-

sión fué a descansar unos días en Valladolid con sus amigos Meléndez Valdés y el Conde del Pinar, habiendo asistido a una corrida de toros, lo siguiente: «*Hay aquí, como por todas partes, una gran afición por estos espectáculos. El pueblo gasta y se disipa. Sería mejor divertirse de otro modo.*»

A partir de 1740, las corridas de toros comenzaron a ser la pasión tanto del pueblo como de la aristocracia. La nueva técnica del espectáculo produjo un efecto fulminante e irresistible. Los toros son una verdadera pasión. España se divide en partidarios de Pedro Romero y de Costillares. Un ministro se desespera al enterarse de que en Zaragoza la gente del pueblo empuña hasta las camisas para procurarse una entrada en la plaza.

En 1812, Meléndez Valdés, en Zamora, evoca las «*cuadrillas de vagabundos haraposos que nos persiguen sin cesar con sus lamentos, su palidez, sus importunidades, llaman continuamente a nuestras puertas y no nos dejan respirar en ningún sitio.*» Más adelante, en el mismo discurso forense de donde hemos tomado las anteriores palabras, habla de «*miles y miles de mendigos*» que pululan por todas partes. Y dice que «*de la mendicidad a la trampa y a la estafa no hay más que un paso.*»

Hacia fin de siglo, la situación de España no se mejoró. Meléndez Valdés hace notar en diversas ocasiones la multitud de robos y de crímenes durante el curso de sus inflamadas requisitorias en el ejercicio de su cargo forense. Y en tono patético dice: «*Los robos aumentan por todas partes escandalosamente: no se oye en la boca de todo el mundo sino quejas, clamores y relatos de hechos y de atentados que prueban, ¡ay!, la razón de tales protestas. Son atacadas las gentes, las casas saqueadas, las carreteras poco seguras. La pereza y la mendicidad, estas dos plagas de la sociedad y del individuo, tan extensas como viles, se ostentan por todas partes con el más grande cinismo, a la sombra sagrada de la religión y de la piedad...*»

La clase selecta, sin embargo, existe y trabaja en todas las regiones y ciudades. Es el país vasco quien se lleva la palma, siendo en Vergara donde se funda la

primera «Sociedad de Amigos del País». Y Ronda, y Murcia y Gijón, Valencia, Barcelona, etc. Por todas partes hay tertulias poco numerosas, sí, pero formadas de hombres escogidos que alimentan el fuego sagrado de la cultura. Y entre ellos hay que reconocer los afrancesados que marcharon y los muchos que se quedaron, pues tales hombres, sin dejar de amar a su patria, vieron en el invasor, equivocada o verdaderamente, no un enemigo sino la atmósfera nueva que iba a regenerar a su país sumido en las tinieblas.

En 1789, la Sociedad Económica de Amigos del País de Zaragoza acoge en su seno al magistrado y poeta Meléndez Valdés, y le encarga, no solamente de tomar parte en los trabajos de su «Conferencia de Economía Civil» sino también de preparar un buen discurso sobre las reglas a que deben atenerse las madres de familia en la primera educación de sus hijos, y al año siguiente, doña Josefa Amar y Borbón, mujer instruída y miembro de las Sociedades Económicas de Zaragoza y de Madrid, las honra con su «*Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres.*»

En el prólogo de este trabajo, doña Josefa celebra los beneficios de la educación de las mujeres, primeramente porque una vez pasada «*la edad de las gracias y del encanto*», la mujer conserva, gracias a tal educación, «*el adorno del espíritu que no se marchita ni envejece; a continuación porque una mujer culta puede comprender a su marido, confiarle sus secretos y tener con él una conversación razonable*»; en fin, porque ella sabe mejor educar a sus hijos. En la primera parte de tal «*Discurso*» — educación física — trata sobre todo de los cuidados que se la tienen que dar en la primera edad. Fiel a Rousseau, recuerda a las madres la obligación de dar el pecho a sus hijos y entre las prescripciones de higiene, el uso de los baños.

La segunda concierne a la enseñanza moral, religiosa y literaria. Insiste en el conocimiento de los buenos autores españoles, la enseñanza de las lenguas vivas y la importancia que para las mujeres tiene una rica cultura literaria. Sin olvidar por lo tanto la danza, tan necesaria a las futuras mujeres de mundo. El último capítulo — «*de los autores que han escrito sobre la educación*», — revela la curiosidad de doña Josefa Amar. Nombra, en efecto, los nombres de los más ilustres, desde Platón hasta madame de Genlis; el «*Emilio cristiano*», de M. de Leveson, «*que es el opuesto del «Emilio*», de Rousseau.

(Continuará)

LIMA Y EL PERU

LIMA Y EL COSTUMBRISMO

No interesa su edad media, la colonia, en cuanto a la explotación de la temática limeña. Es precisamente después, en la República, cuando Palma hace el historial de la ciudad colonial en las Tradiciones Peruanas, Malsiguiendo a Palma, años más tarde, toda una generación de literatos colonófilos se empeñó en el tenaz endiosamiento de la Lima virreinal e infestó nuestra literatura con las bien llamadas mojigangas del «perricholismo». Tras el elogio y tras las elegías a la Lima virreinal lo que suspiraba y clamaba, ya no se nos ocultaba más, era el espíritu de las castos coloniales supervivientes.

Ese espíritu feudal, paradójicamente, fué el que empujó la aparición del costumbrismo limeño, al ensañarse con las características, acciones y tipos de la nueva era política. Felipe Pardo de Allaga, descendiente de la nobleza destrozada, arremetió contra toda novedad republicana en la antigua «ciudad de los reyes». El contragolpe no se hizo esperar. Joaquín Larriba, letrillero temible, contrató a nombre de la flamante patria, y poco después Manuel Asensio Segura llevó a escena los mismos personajes y hechos populares que hacían torcer la nariz desdeñosa al vástago engallado de la nobleza caída. Pedro Felipe Pardo tenía armas literarias bien entrenadas — nada menos que en España y con preceptistas como Lista —, por lo que pudo dejarnos algo valedero cuando la vida y los desengaños le aleccionaron sobre la inutilidad, o el mal manejo, del denso veneno que le filtraban a la pluma sus rencores de casta. En «El espejo de mi tierra» (periódico costumbrista, 1840), publicó su famoso «El viaje», relato que ha hecho perdurar a un personaje de su círculo, el niño Goyito, prototipo del niño engreído e inútil de cuna a sepultura.

A quien Lima le debe su primer gran registro costumbrista, es a Manuel Asensio Segura. Aunque hijo de militar español, y militar realista él mismo por un tiempo, Segura supo captar y llevar lealmente la vida popular limeña al teatro (el primer teatro nacional). Lo hizo con el gusto, la limpieza y el entusiasmo de quien quiere bien a la nueva patria. Y con la habilidad de quien puede hacerlo. Por su estilo desgarbado, la gracia espontánea, el habla popular, representa a los de abajo, a toda la revuelta chamuchina que dijera Juan de Arona, a la chusma democrática indecente que mortificó tanto al formalismo clasicista, a la vanidad clasista y, sobre todo, al sentido jerárquico basado en el privilegio de mayorazgos frustrado por la república. Es el pueblo que se juzga y juzga regocijadamente a los de la clase cercana — más que clase, esta-

y III

DESDE el aventurero Pizarro, Lima es la ciudad de la dominación. El monopolio es absoluto. Ya he discutido la justicia y la injusticia del antilimeñismo, («Radiografía de la Literatura Peruana», Trujillo, 1947. Es suficiente por ahora recordar, que Lima es el asiento del clan supremo de la oligarquía política, económica y religiosa. Nadie, en cambio, podría decir que es la capital espiritual del Perú. Aparte de esto, y como toda ciudad de larga trayectoria y longevos privilegios, tiene un rico historial y muchos encantos. Por su larga historia y su progreso desmesurado — ambos a costa del atraso del resto del Perú — posee muchas fuentes de inspiración para la narrativa literaria o el teatro y aun para la poesía.

por Abramam Arias LARRETA

mento, la burocracia — y los de arriba, rezagos de las castas desconcertados aún, antes de encontrar la coyuntura para empalmar su tradición de predominio. Por eso fué tan intencionada y heterogénea la redada de tipos y situaciones que Segura aventó al escenario. De su realismo no es necesario hablar, pues su gran pupila (y hablo propiamente en singular, porque fué tuerto el formidable costumbrista) atrapó admirablemente, pese a su técnica digresiva, las características motoras y expresivas de tantos tipos y tan variadas situaciones y conflictos. Aquel personaje de «Na Catita» (1856) es una alcahueta con más dinamismo y mejores recursos que la propia Celestina española, y sigue en la vida limeña zurciendo enredos, distribuyendo venenos de su lengua y tragando hostias. Pueden actualizarse, en lo fundamental, sus sátiras al militarismo (El Sargento Canuto), a la empleomanía y al padrinazgo político (Saya y Manto), a los humos aristocráticos (Un juguete), etc., etc.

En este revuelto y regocijante cronicón dramatizado de Segura, no vale solamente el hábil impulso para coger tipos, fijar costumbres, destacar vicios públicos y privados. Hay que reconocerle, además, esos poderosos mazazos de intuición con que, burla burlando, golpeó a la incipiente conciencia de la patria, para prevenirla de los males que la baldarían irremediablemente. Fué la certera intuición del fracaso republicano — una realidad de constitución republicana y las mismas bases coloniales feudales — tan admirable como aquella otra gran intuición del verdadero camino de nuestra literatura cuando, en compañía del gallardo zambo Soffia, defendió la tendencia literaria autóctona en contra de los europeístas acaudillados por Felipe Pardo de Allaga.

Lo que Segura no alcanzó a realizar — crítica organizada, de implicaciones sociales — lo hizo

años después Abelardo Gamarra, el Tunante, y no sólo para Lima, para todo el Perú. Y es que Gamarra sabía bien dónde quería ir en política, y en literatura siguió a conciencia plena el camino peruanista. Frente a Gamarra, y a los compañeros y discípulos de Manuel González Prada, se levantaron los bastardos y cundas «seguidores de Ricardo Palma». Los palmistas nada querían con la Lima en tren de transformación y expansión. Su plan era encubrir, con cantatas y respuestas a las glorias de la Lima virreinal, los avances de la llamada restauración colonialista de la cultura, encabezada por Riva Agüero y su futura falange de «futuristas». Ese fué el «perricholismo» de que habla Luis A. Sánchez. En esencia y objetivos, sólo era una versión del *felipardismo* y el primer acto de la *rivagüerada* que ahora tiene templo y testaferreros en la pontificia universidad católica.

Los esfuerzos del cuento y la novela no han tenido la amplitud y los logros de la estampa o el teatro costumbristas. Los intentos de *Luis Benjamín Cisneros* (Julia Edgardo) sólo plantean esquemas de felicidad casera. *Fernando Casas* en sus «Romances históricos del Perú» (Los amigos de Elena, 1874. Los hombres de Bien, 1874) es el primero que asienta su narración en Lima. Buen observador, no tiene talento descriptivo y agilidad narrativa, pero el registro de costumbres, hechos y tipos es nutrido y realista. La novela histórica — de mucho riesgo en el Perú por la susceptibilidad de tanto descendiente de «pro-hombres» — tiene un seguro antecedente en estos relatos de palpitante actualidad política, dentro de una sociedad a la que había que hablar crudamente porque, como decía el autor, «el maldito guano la ha hecho insensible».

Realismo, contenido social, tendencia política, metas literarias concretas, no aparecen en la novela sino con *Mercedes Cabello de Carbonera* (no se olvide que estoy

tratando sólo de Lima). Sus obras Blanca Sol, 1889 y El Conspirador, 1892, son las mejores realizaciones de su audaz y consecuente filiación literaria realista. El tema central fué la sociedad con sus problemas; el mejor acierto una exacta versión de la política criolla con sus caudillejos y comparasas.

Hay que avanzar más aún en el tiempo, para encontrar, no la novela de la ciudad, inédita hasta hoy, sino los intentos narrativos, teatrales y poéticos que revelan facetas de Lima, ya liberados del lastre colonialista y del sonajero perricholista. Junto a Gamarra (don Abelardo) y después de su muerte, el costumbrismo tuvo nuevos aportes, aunque sin heredar la vigorosa intención social y el sincero nacionalismo de El Tunante. Es más bien la mera estampa costumbrista o el costumbrismo pintoresco que cultivaron ágilmente Manuel Moncloa Covarrubias, Federico Blume, Fausto Castañeta, Federico Helguera, Ramón Rojas Cañas, Acisclo Villarán. Otro es el tipo de evocaciones que debemos al arte y a la emoción de José Gálvez Barrenechea, a quien Ricardo Palma escribió una vez «Mi pluma, manejada por José Gálvez, enaltecerá siempre el recuerdo de mi nombre».

La poesía ha dado paso a cantores parciales de la Lima virreinal, como Chocano, pero balancea esa vuelta de espaldas al presente con la aparición de Luis Fernán Cisneros, cantor de la limeña, del mismo Gálvez, autor de perdurables estampas en verso, y de Leónidas Yerovi, poeta representativo, para ciertos críticos, del auténtico demos limeño. No obstante el solapado aristocratismo de Juan de Arona y el oposicionismo político personalista de Manuel Atanasio Fuentes, ambos dejaron en letrillas y sátiras una cruda y real radiografía de Lima, definiéndola como el asiento desventurado del desventurado centralismo político, y en su condición de ramera propicia y desmemoriada para hechos y hechos de la política criolla. Mucho más tarde aparecerían Angela Ramos y Torres de Vidaurre para llevar al verso tipos inconfundibles de la galería popular limeña de este siglo (La Mulata, Las Huachafa, Tirifilo).

Después del costumbrismo el cuento es el que mejor ha revelado y sigue revelando a Lima. Esto no quiere decir que Lima tenga ya una completa revelación en el relato. Hay cuentistas sí, como Fernando Romero, H. Falconi Sevilla, que han fijado de hecho episodios y personajes del pueblo, de los sectores mulatos particularmente. Exposición más completa, pero resentida de retoricismo, es la que ha dejado J. Diez Canseco, considerado por Federico More, el más fiel traductor del zambo limeño (prólogo de «Estampas Mu-

ITALIA

La obra paciente y concienzuda del C. S. C.

CUAL expresa su programa, el Centro de Sociología de la Cooperación es un organismo de investigación, documentación y consulta en el campo de la historia y de la sociología. La dirección de esta entidad de cultura social está confiada a nuestro amigo Hugo Fedeli, que es como decir que está en buenísimas manos. Efectivamente, Fedeli es un sistemático del análisis y de la investigación; es erudito en datos y acontecimientos sociales, conoce la literatura trascendente en sociología desde los tratados de economía colectiva hasta la más atrevida de las utopías, pasando por la ideología positivista. Hugo Fedeli, por su pasión y por su condición de hormiga humana, docta e incansable, sintetiza el hombre con pies firmes en el suelo y ojos clavados en las rosáceas nubes del porvenir.

Periódicamente, sin falta, se ha posado sobre nuestra mesa de trabajo (el taller, como decía González Pacheco) el característico volumen del C.S.C., formato 29 x 21, cuidadosamente trabajado a mano (roneotipia) y sobre papel inmejorable. Una condición de artesano concienzudo añadida a la labor tesonera del historiógrafo.

Echando mano al primer volumen leemos: LEON TOLSTOI,

(1957); como se puede suponer, se trata de una estimable biografía del gran pensador ruso enmarcado en su tiempo y con previsión de proyecciones hacia el futuro. El pensamiento del ferviente humanista está exactamente fijado, así como la inmensa importancia social de su obra «Guerra y Paz», para mejor explicar la cual Fedeli relata la campaña de Napoleón I en Rusia (1812). Siguen unos extensos datos bibliográficos sobre Tolstoi, algunas características de la familia para mejor comprender al personaje comentado, más los rasgos salientes de Tolstoi hombre, novelista, comediógrafo y narrador de gran novela e inimitable estilo.

Del propio año 1957 data el CURSO DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO, fascículo fuerte, realmente voluminoso, entranando una síntesis satisfactoria del movimiento obrero de la época romana pasando por las agremiaciones de la Edad Media (cooperación mutualista) y por las sociedades obreras de resistencia hasta llegar al sindicalismo idealizado y a la organización actual, frecuentemente agrisada. En este meritisimo estudio el autor se detiene particularmente en los acontecimientos cumbres de la historia socialista: La primera Internacio-

nal; desarrollo y características de los sindicalismos francés, alemán, inglés, belga e italiano; ineficacia y caducidad de la II Internacional y nacimiento de la III; la revolución rusa; el sindicalismo español y la conclusión revolucionaria del 19 de julio de 1936.

Un tercer cuaderno (asimismo de proporción estimable) lo es el titulado UN VIAJE A LA ISLA DE UTOPIA, lectura propia para que el lector se abisme en ella, gozosamente, ávidamente, estudiosamente, puesto que de las previsiones de los grandes utopistas (la utopía de hoy será la realidad de mañana, según Victor Hugo) se pueden deducir las realidades que el tiempo ascendente atesora. En Rusia, España, Méjico y China se han consumado transformaciones atrevidas, que en la ex tierra de los zares y en el antiguo celeste imperio han roto tradiciones milenarias, mientras en España se confirmó el trabajo libre y la socialización sin mixtificaciones y en país azteca ha tomado carta de naturaleza el derecho del campesino a usufructuar su cacho de suelo. Las más bellas concepciones sociales desfilan por este libro fedeliano sincronizadas con los autores de las mismas, no faltando en el comentario las recias y, según casos, poéticas figuras de Tomás

Moro, Campanella, Morely, Saint-simon, J. Dejacques, William Morris, J. J. Rousseau, William Godwin, Fourier, Cabet, Meslier, Babeuf, Whigs, T. Moreton, Kropotkin, Reclus, S. Raure, Max Nettlau, Grave, Fouget, F. Quiroué, Hertzka, Adam Smith, E. Benamy, y otros, sin olvido de los clásicos Platon, Montaigne, Rabelais, La Boetie, etc., (de los cuales no asociamos a Moro y a Campanella).

Este libro, que reputo de alto goce y de profunda meditación, viene ilustrado con cuapluas monografías y con una extensa relación de autores con sus obras, y comentarios referentes a las mismas. Tal volumen, de gran tamaño, cabe en toda casa pequeña, pues si algo estorbara en ella sería la mesa, no el «Viaggio alle isole Utopia».

La obstinada labor de Hugo Fedeli nos proporciona en «DOCUMENTOS» un «Curso de Historia del Movimiento Obrero», mejor dicho, una recapitulación de lo publicado en sociología (todas las ramas del socialismo) venido a manos del autor, ya sea en libros, en opúsculos o manifiestos habiendo adquirido resonancia histórica. Las obras registradas, afectando a los movimientos y corrientes sociales de Asia, Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Alemania, Jamaica, Inglaterra, Italia, Yugoslavia, Madagascar, Noruega, Holanda, Polonia, Rumania, Rusia, España, Estados Unidos de América, Suecia, Suiza, Argentina, Bolivia, Brasil, Méjico, Paraguay, Uruguay, Hungría, con características y fenómenos sociales de cada país, suman 1250 con un total de 928 autores, lo cual ya es archivo, igual a recurso inapreciable para escritores que, por abandono personal o azares de la vida (caso de los exilados) andan por el mundo desprovistos del más elemental de los documentos, pues en ocasiones suelen incluso perder la cédula personal, ese requisito más importante que el individuo en estos tiempos de atroz exaltación del Estado.

Con UN DECENIO DE HISTORIA ITALIANA (1914-1924) Fedeli relata, con la precisión que le caracteriza, el proceso de la gestación y germinación del fascismo, que apunta ya con la deserción de Mussolini del partido socialista, alienta en el hecho nacionalista de la participación en la guerra (1914-1918) y toma arranque en el fracaso del movimiento obrero, apoderándose luego del ambiente del país y del poder mediante el terror y la infamia. Un capítulo de la historia italiana —un tiempo después, europea— ciertamente desagradable, pero que no deja de ser una experiencia pudiendo preservar a Italia y al mundo de un nuevo intento totalitario no importando el barniz con que se quiera adornarlo.

JUAN FERRER

Dirección del Centro de Sociología della Cooperazione: Via Monte Brogliero 12, Ivrea (To.) Italia.

LIMA Y EL PERU

zo de Tomayquichúa) y los define así: «Zambitos enclenques con presunción de irresistibles; unos cholos engominados y melifluos; unos injertos de miradas oblicuas dignas de un puñetazo, y unos niños bien nutridos de sifillis, escépticos por moda, atrapadores de dotes, cuando no de efebos y soldados, pretendiendo entrar en el destino de la patria cuando apenas salen del suyo».

Porque Lima, no se olvide, está poblada por todos los tipos raciales peruanos. «Todo el que en Lima entra en un salón aristocrático, donde se hallan reunidas 10 ó 12 personas, puede exclamar sin riesgo a equivocarse: saludo a todas las castas del Perú», decía González Plada. En la clase media, y aun en la popular, sucede lo mismo. En la Colonia variaba un poco este estado de cosas, pues entonces la proporción de blancos era mayor en lo que respecta a los círculos dominantes. Ahora, en todos los salones, están en mayoría cholos, mulatos y aun injertos (téngase presente la clasificación de «blancos» que hemos hecho). Lo que no ha variado es el rango de los herederos de las castas coloniales en el condominio de la riqueza y el poder con los oligarcas que trajo la república. Y Lima, lógicamente, sigue con el privilegio

de capital política y económica del Perú. A ella confluyen sin cesar los inmigrantes provincianos, alocinados, hambrientos y ambiciosos. José María Arguedas tiene un personaje típico en «Yawar Fiesta». Julián Ruanay ha descrito la dramática odisea del provinciano en su libro *El Retorno*, 1951, y un magnífico capítulo de esa odisea fué revelada mucho antes por el autor chiclayano Pelope en su «A Lima con quince reales», 1930.

La superpoblación, el crecimiento industrial, los hondos desniveles sociales, la expansión urbana, dan aires de urbe a Lima, y la igualan en sus problemáticas humanas, tragedias colectivas y contrastes económicos, a varias capitales sudamericanas. Esta Lima no tiene aún la novela que puede y debe inspirar. Dejemos la poesía de los limeños o alimeñados, que sigue domesticada por los pujos de hispanización y afrancesamiento, obedeciendo al sermón europeísta de Pardo de Aliaga. La revelación de la Lima de hoy deberá venir del relato. Propiamente de la novela, y del tipo más difícil, acaso, y de menor explotación en América, la novela psicológica, que corresponde mejor al tipo urbano de la literatura. Que lo hagan blancos, cholos o mulatos, no interesa, recordando que no son limeños, pre-

cisamente, los que más han escrito sobre Lima, y que no son sólo limeños y «blancos» las creaciones literarias que representan a la verdadera literatura peruana.

Nada he de decir sobre el ensayo, refiriéndome a todo el Perú. Apartando a Prada, Mariátegui, Haya de la Torre, Porras Barrenechea, Antenor Orrego, J. A. Encinas, S. Vara Cadillo, C. A. Espinosa Bravo y algunos hombres definidos del grupo Tradición del Cuzco, nada es posible esperar aún. A una distancia de cincuenta años podemos repetir las palabras de González Prada: «Carecemos de buenos estilistas, porque el estilo no es más que sangre de las ideas; a organismos raquíticos, sangre enferma. Y ¿cómo pensaremos bien, si todavía respiramos en atmósfera de la Edad Media; si en nuestra educación giramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos expeler el virus teológico que heredamos de los españoles?» Y a este enfeudamiento de la conciencia, se unen el desarraigo de la personalidad y de la inteligencia. Nuestros estudiosos ignoran el soy, el aquí y el ahora de Indoamérica. Se detentan en Europa y repiten de memoria la lección de la nodriza.

ABRAHAM ARIAS LARRETA

MURIO EN COLOMBIA, EN 1917,

el presunto «Eslabón perdido»

A NUNCIA el cable la partida de Inglaterra de un grupo de paleo-antropólogos que se dirigen a Colombia, a las selvas del Catatumbo, en busca del mono «Amer-Antropoides Loysi», presunto «Eslabón perdido» en la cadena de los nominados.

El Amer-Antropoides Loysi fué hallado en Colombia en 1917, por el ingeniero suizo François de Loysi. Contratado por el gobierno de Venezuela, recorrió por tres años las zonas petrolíferas de los ríos Catatumbo, Sardinata y Zulia. Penetró con veinte hombres; pero murieron 16, la mayor parte de las necnas de los motillones.

La bestia fué muerta en el Campamento de Loveris, que los sobrevivientes establecieron en un arroyo de la margen izquierda del río Tarra. Es posible que este arroyo sea el río Borra. El animal, en compañía de otro, sorprendió a los exploradores. El ingeniero oyó ruido entre los árboles y de repente vió avanzar dos seres que él tomó primero como osos. Todos saltaron sobre las carabinas e hicieron frente a las bestias. Los dos animales continuaron avanzando de pie; pero temíanse de los árboles. Su furia era extraordinaria. Gritaban, gesticulaban, rompían ramas y las blandían como armas. El macho, que iba adelante, dejó pasar a la hembra y fué ella quien recibió el impacto de las carabinas. El macho desapareció.

FOTOGRAFIADO

El animal muerto fué en seguida fotografiado. Luego se le extrajo el cráneo y se le confió al cocinero, quien lo utilizó como recipiente de sal. La humedad y el calor abrieron las suturas y produjeron la desintegración en fragmentos, que luego desaparecieron. El maxilar fué conservado por algún tiempo; pero después corrió igual suerte.

Cuando el explorador pudo salir de la selva comunicó el hallazgo a su amigo, el destacado paleo-antropólogo George Montandon, autor de las obras: «L'Homme Préhistorique et les Préhumains» y «L'Ologenèse humaine».

Ante tal documentación fotográfica Montandon comprendió la inmensa trascendencia del hallazgo. «Este descubrimiento, escribió, si se llega a confirmar no será sin grandes consecuencias en el dominio zoo-antropológico. El obligará a revisar ciertas teorías y sostener otras nuevas.»

CARACTERISTICAS

El documento fué guardado celosamente durante 12 años y nadie, fuera de Montandon y Loysi, lo conocieron. Al fin fué publicado en 1929 en el «Journal de la Société des Americanistes de Pa-

ris». El científico da una explicación: desde el primer momento fué su intención trasladarse al Catatumbo y encontrar el gran mono de América. Pero nunca pudo realizar este propósito y al publicarlo solo quiso que otros lo llevaran a cabo.

Montandon, experto en prehumanos, utilizando solamente detalles fotográficos y referencias del explorador, hizo un esquemático estudio de la bestia, formuló algunas hipótesis y llegó a algunas conclusiones, que de manera breve resumiremos:

Estatura, 1'57. Medida por los cazadores. Es, más o menos, la del chimpancé y orangután, y superior a las especies conocidas de América.

por J. Rodríguez BERMUDEZ

Facies humanoide. Carácter desconcertante. Es verdad que en ciertas especies de monos pequeños puede observarse; pero es sorprendente cuando se halla en individuos de talla.

Fórmula dentaria : 32.

AUSENCIA DE COLA

El explorador fué enfático al declarar estas dos características que lo relacionan con los antropoides del Asia y África.

Pulgares muy pequeños como los atelidae. Orificios nasales muy separados, que lo colocan entre los platirinos de América. Los miembros superiores e inferiores con relación al tronco lo relacionan al orangután y Gibbon.

De esta extraña mezcla de características, añade, surge un ser semejante al Gibbon por la forma del cuerpo; al orangután por el pelambre y aspecto de los miembros; por la proporción de éstos, a los atelidae y a los antropoides. Pero es un platirino, próximo a los atelidae, por la reducción de los pulgares y el desarrollo de los órganos sexuales femeninos.

DIVERSAS TESIS

«Si se piensa en una nueva especie, continúa, no hay que asombrarse que aparentemente presente caracteres mixtos. Pero antes de dar un rótulo a lo que parece una nueva especie, vamos a emitir por el carácter humanoide la hipótesis siguiente: ¿Será esta bestia un híbrido entre un indio y un atelidae? Cleza de León, autor de «Crónica del Perú», refiere que en ciertas regiones hay monos gigantes y que allí es corriente creer que esta hibridación se ha producido con el resultado de monstruos con rostro, tronco y miembros humanos y manos y

pies de mono.» Pero no puede ser posible en este caso, porque el explorador manifestó que no estaba solo, eran dos semejantes el uno al otro:

«¿Cuál es, pues, su posición filogenética?»

«Si el desarrollo de la frente no es un efecto de opaca, es un homínido de un género nuevo, que podría colocarse en línea paralela con el «Pithecanthropus». Pero a falta del cráneo para medir su capacidad y no presentar un pie sino una mano posterior, no es posible, por el momento, hacerlo franquear la etapa de los antropoides.

«¿O, quizá, simplemente estamos en presencia de una especie de atelidae, especie gigante?»

Finalmente, guiado por la clasificación de Rodolfo Martín, crea una nueva familia en el suborden de los platirinos, lo bautiza con el nombre de «Amer-Antropoide», y le añade el apellido del descubridor.

No obstante la autoridad científica de Montandon, el anterior estudio, hecho hace treinta años, basado en detalles fotográficos y en referencias del explorador, hasta hoy había sido considerado de relativo valor científico.

Tesis apasionantes han sido siempre las que se refieren a la evolución y a la ubicación en el espacio y en el tiempo.

«En qué región o regiones se produjo el proceso de nominación de los primates?»

«Este proceso pudo verificarse en América?»

La primera cuestión la contestan tres escuelas: el «monofiletismo», el «polifiletismo» y la «ologénesis».

La primera señala como «cuna de la humanidad», la Meseta Central Asiática al norte del Himalaya. La segunda, distintos centros de Europa, Asia y África. La tercera sostiene que no hay uno ni varios centros, sino que los homínidos tuvieron una «génesis ubicuitaria».

La primera tesis no ha sido aceptada. H. de Terra afirma que «las condiciones climáticas, geológicas, de fauna y flora, no eran favorables durante el plioceno, en el Norte del Himalaya, para ser el centro «Cuna de la Humanidad». Vallois sitúa ésta en las zonas cálidas. Y el Padre Teilhard de Chardin, en una faja tropical con dos centros: África e Indochina.

La tesis Ologenista haría posible el hecho de que en el continente americano se hubiese pro-

ducido el proceso de nominación. Pero para que ella tenga lugar se necesita la preexistencia de seres capaces de esa nominación. Y hasta hoy solamente se han encontrado en el continente americano, en el eoceno, como losnes de primates, los lemurios y como especies vivientes los platirinos. Los catarrinos, infra-orde que dio origen a la familia de los homínidae, no se han hallado aun.

«El Amer-Antropoide de Loysi, un platirino, puede ser una nominación como lo sugiere Montandon? Esta es precisamente una de las incógnitas que ha de resolver el hallazgo de la bestia.

La tesis del hombre fósil en América ha sido ya sostenida. En 1909 Ameghino sostuvo el origen autóctono del hombre en América y único el «homo ascendente». «Pithecanthus»-«Homo Pampeus». Pero Haranka probó la carencia de una base material sólida, en la tesis de este paleontólogo, quien partió de supuestos homínidos descendientes de los pithecanthus.

En 1922, Osborn H. F., publicó su obra «El Esperopithecus, primer antropoide primate hallado en América». Se basó en una molar encontrada en Nebraska, que resultó pertenecer a un artiodactilo.

No obstante, ¿se puede definitivamente descartar la presencia de homínidos en el continente americano, por la ausencia de catarrinos fósiles o vivos? Es posible que esos fósiles sí existan; ¿pero no han sido hallados? Los especialistas pueden dar una respuesta adecuada.

De todas maneras se acerca el momento de soluciones de grande importancia para la ciencia. Un simio de este país dará las respuestas que los científicos de todos los países esperan.

Es apenas natural que los hombres de ciencia colombianos participen en la cruzada iniciada por los británicos. El brillante equipo del Instituto de Ciencias Naturales, pionero en la investigación en equipo, representaría dignamente al país.

Bogotá



— Extravagante, esta danza.
— La aprendieron en Europa.

A MANERA DE INTRODUCCION A UNA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ESPAÑA

Las luchas del pueblo español desde la Edad Media hasta el siglo XVIII

por Diego A. de Santillán

SI las circunstancias de hecho variaron desde la Edad Media hasta nuestros días, desde la economía agraria feudal hasta las formas conocidas de la primera revolución industrial moderna, los abusos, exacciones e injusticias existieron siempre y por consiguiente existió siempre, latente o manifiesta, la necesidad biológica de la defensa de las víctimas. No obstante las diferencias inaudables de intensidad, un mismo hilo rojo recorre la historia española desde hace muchos siglos y movió al pueblo esquinado y oprimido a la lucha por la vida y por la justicia. Los recursos teóricos han sido variados en la justificación de una condición mejor, la predica de Cristo o las formulaciones de Miguel Bakunin, intuitivas o razonadas, pero fueron siempre expresión del mismo hecho biológico.

manentes de la nobleza y del poder real, aunque a veces se escuchaba en la protección de aquélla o de éste.

Aparte del derecho escrito, se elaboró en la vida práctica el derecho consuetudinario de nono arraigo, de tal arraigo que todavía se mantiene en muchos aspectos y cuyo estudio, iniciado metódicamente por Joaquín Costa, puede ofrecer aun soluciones e inspiraciones. El pueblo español fué en esa vida municipal uno de los más grandes creadores del derecho, y una parte substancial de sus históricos conflictos se explica por el afán de los poderes centralistas de dictar la ley de arriba abajo y por la pasión de los españoles de mantener y elaborar su propia ley, a su medida y según sus necesidades. En esa pugna, que ha costado ríos de sangre, el municipio fué una piedra angular como lo fué también, en otro aspecto, la organización gremial.

Las asociaciones de artesanos, los gremios de los diversos oficios, fueron una expresión popular espontánea y vigorosa, cualquiera que hayan sido sus apariencias, incluso como meras cofradías religiosas. Los gremios y los municipios tuvieron intereses comunes en el mantenimiento de la autonomía. Si originariamente la asociación de artesanos aparece como cofradía religiosa bajo la advocación de un santo patrono, con finalidades predominantemente eclesiásticas, no tardó en convertirse en corporación de carácter técnico, primero en León y Castilla, luego en Aragón y Cataluña; y no raramente, la corporación técnica evolucionó circunstancialmente la condición de organización de resistencia y lucha.

Es verdad que la defensa de los monopolios gremiales contra rivales y competidores eventuales, llevó a una proliferación de reglamentaciones, a una serie poco simpática de exclusivismos y de fórmulas limitativas. Se prohibió, por ejemplo, el ingreso en los oficios a los que no fuesen cristianos y de linaje probado, a los hijos ilegítimos, etc. Como también y hasta casi nuestros días, en Inglaterra, en los Estados Unidos, encontramos trabas similares, con otra argumentación, pero con el mismo propósito esencial: dificultar la competencia, a fin de mantener monopolios de trabajo, salarios altos, beneficios exclusivos contra los recién llegados.

● Continuará ●

En esa defensa de la vida contra los elementos hostiles que la amenazaban y la deprimían, encontramos los gremios medievales, las corporaciones de los oficios, los fueros locales, las cartas puebla, los bienes comunales, etc.

La revolución francesa, explosión de significado universal, decretó en 1791 la supresión de las corporaciones en nombre de la libertad; esas corporaciones negaron a poner demasiados trabas al desarrollo económico y progresivo con sus monopolios, reglamentaciones, impedimentos de toda índole. Por un lado, esa supresión del dominio de las corporaciones fue un bien, pero por otro fue un mal, pues dejó al individuo inerme, desamparado, frente al Estado creciente. Se le reconocían al individuo pomposamente todos los derechos políticos; hizo su advenimiento el ciudadano, pero prácticamente, se le dejaba impotente, «aislado, perdido en la masa, tropezando a cada paso con el invencible y tiránico poder del Estado», como dijo José Canalejas en el prólogo a «El Obrero en España» de Práxedes Zancada (1904).

Costó a los trabajadores franceses un largo siglo la conquista del derecho de asociación profesional y se derramó sangre proletaria abundante antes de llegar al sindicalismo moderno de fines del siglo XIX, que volvió a ofrecer al individuo en tanto que obrero o empleado o campesino un cierto amparo frente al capitalismo avasallador, modalidad nueva del feudalismo vencido, y frente al Estado omnipotente de la burguesía de la cual se convirtió en servidor obscuro. El amparo logrado es restringido, sin embargo, por el intervencionismo que se atribuyó el Estado en la vida de las organizaciones obreras, un intervencionismo que los obreros y campesinos españoles han resistido tenazmente, con plena conciencia, durante todo el siglo XIX y en lo que llevamos del siglo XX. Pero antes de llegar a ese período tan denso en luchas y en experiencias, echemos una brevísima ojeada al pasado del pueblo español y de su martirologio.

★

Una gran conquista fué la consagrada en el Fuero Juzgo cuando

prohíbe, en el papel por lo menos, a los señores, dar muerte al siervo sin forma de juicio y sentencia de juez, hecho que se penaba con destierro perpetuo; también castigaba toda mutilación de la persona humana, aunque fuese poco más que una cosa, como lo era el esclavo. Esa institucionalización jurídica de la defensa de la vida humana, no como de raíz, naturalmente, la arbitrariedad de los señores feudales, pero significó un progreso, efectivamente, si se comparan esas cláusulas del Fuero Juzgo con la antigua legislación romana en la materia.

La miseria y el desamparo de la plebe, de los artesanos y de los campesinos inspiró a algunos escritores, como Isidoro de Sevilla, recomendaciones piadosas como esta: «Del justo producto de tu trabajo, da parte a los pobres».

Mientras los godos, señores feudales que no iban más allá de la economía agraria, de la explotación inmisericorde de los campesinos, paralizaron en España hasta la minería que habían realizado los romanos y cartagineses, la entrada de los árabes en la península dió nacimiento a importantes industrias. España fué en ese tiempo el país manufacturero por excelencia de Europa. Se labraban excelentes paños en Málaga, Murcia y Granada, papel en Baeza, armas en Córdoba; Almería contaba con cerca de seis mil telares. La industria de la seda y otras en Córdoba, hizo de esa ciudad una de las más populosas del mundo. La aglomeración de artesanos y jornaleros en ella permitió que adquiriesen la conciencia de su poder y los hizo abrigar la esperanza de que podrían confiscar el patrimonio de los ricos. Se incorporaron los humeros del trabajo al partido de Mohamed en la insurrección contra los Amiridas; se formaron contingentes de tropas mandadas por hombres surgidos de los gremios obreros. Así se vio ya en lo que se llamó primera república española a tejedores, carniceros, guarnicioneros, carpinteros, etc., convertidos en jefes de las milicias, que participaron en los conflictos y luchas por el poder. Cuando Mahomed, asustado ante una

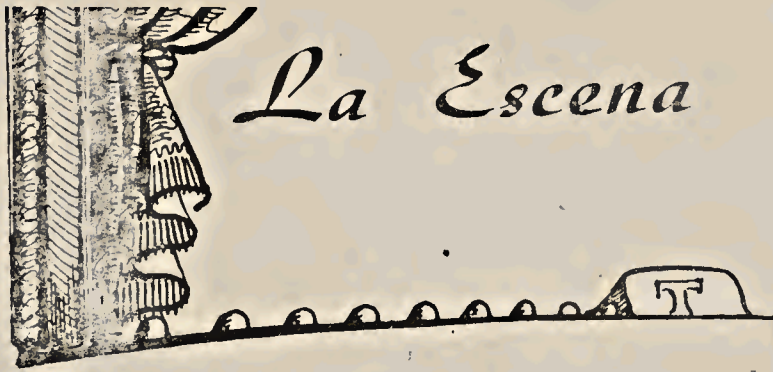
fuerza que no podía someter y controlar, quiso neutralizar las nuevas del trabajo después de su triunfo y desarmadas, los artesanos proclamaron guerra a Abderraman y como este no cumpliera sus reivindicaciones lo destronaron y pusieron en su lugar a un Omeya, que hacía vida común con los nombres del trabajo y nombre primer ministro a un tejedor.

★

Una institución de gran trascendencia en el progreso político y social de España fué el municipio, que alteró radicalmente la situación de los siervos, adscritos a la gleba. La visión del municipio, de su autonomía y de su federación, inspiró el movimiento obrero español moderno desde su nacimiento y fue presentado incesantemente como un ideal a realizar.

Durante la llamada Reconquista, la necesidad de poblar las tierras conquistadas a los moros, obligó a reyes y régulos a ofrecer ciertas ventajas políticas y sociales a los pobladores; así nacieron los municipios, las cartas pueblas, los fueros locales. Escribió Eduardo Hinojosa: «Medio infalible para que acudieran en masa las gentes del campo a las poblaciones nuevas, era eximir a sus habitantes de las cargas más onerosas que pesaban sobre ellos en los territorios señoriales, en particular de los malos usos, de la «questia» arbitraria, de los monopolios y de otros gravámenes». El gobierno del municipio era el concejo abierto, democrático, que se convocaba para resolver sobre los asuntos de interés común. Los cargos municipales eran electivos y podían aspirar a ellos todos los vecinos, a excepción entonces de los moros y de los judíos. Los fueros municipales proclamaban la igualdad ante la ley de los pobladores; la condición de vecino primaba sobre la distinción de clase y sobre la desigualdad de la fortuna; en algunos municipios se llega hasta prohibir la construcción de castillos señoriales en los términos municipales.

El municipio supo mantener con energía su independencia, su autonomía entre las rivalidades per-



La Escena

Triunfa la finanza escenarista

MADRID, a postrimerías de septiembre. La señora «Caja» está de enhorabuena; la caja de espectáculos teatrales. ¿Quién dijo que Candilejas periclitaba? Para demostrar lo contrario ahí está el público madrileño —el que debería ser el más castizo de España— invadiendo los teatros donde se representan obras de cartel extranjero y previamente divulgadas en programas de cine, y cuyos títulos corresponden a «Gigi», «Harvey», «Quince bajo la lona» y «Crimen en Fiske Manor».



Como se ve, también los titulares del casticismo son vulnerables. Cuando el género lírico español va siendo arrinconado (hay un mínimo de 200 zarzuelas exhumables, si «La Verbena», «La Revoltosa» y la «Francisquita» cansan), el verso toronco se impone merced a una afluencia a la taquilla que nos deja admirados. Los autores de comedia actuales con cédula hispana les cogerán envidia a sus colegas exteriores. Y mal se presenta, bajo estos auspicios, la contienda de lo «español puro» con el teatro traducido. Ya se verá si de esa rivalidad, a todas luces necesaria, el teatro español moderno logra salir del marasmo que lo agobia. De todas suertes, la presencia del Santo Oficio franquista no va a facilitar la tarea de nuestros autores.

Por de pronto el teatro vernáculo se ilustra con una reposición de Pérez Galdós, «La loca de la casa», verificada en el María Guerrero. Buena asistencia de público, venido a demostrar que cuando se escribe con meollo y enjundia sabe corresponder generosamente. Los mayores aplausos fueron para Don Benito, en «sola presencia» en escenario vacío. Luego recogieron sus palmas Blanc-Llopart y sus compañeros, en conjunto ocho damas y cinco caballeros.

La réplica del teatro «contrario» podemos cifrarla en una representación de la Comedia a cargo de la tropa Mary Carrillo-Manuel Díaz. Se trata de una pieza boulevardera tratando, por así decirlo, de introducir la risa en los entierros. Firma esta gracia —algo conseguida y bastante aplaudida— André Roussin. Traductor: Tono.

«Claudia», de Rose Franken, se añade a la lista de escenarismos importados merced a la adaptación española de Luis Saenz. De buen ver, no obstante. El tema lo da la niña de nuestro tiempo que se casa sin preparación para enfren-

tarse con los problemas de la vida. El asunto de hoy para la adolescente es pasar del colegio a la alcoba, sin transición, con todo el imperio de la juventud, que —¡ay!— no siempre dura. Así, lo que empieza en comedia divertida termina en drama íntimo, sin necesidad de quejidos ni aspavientos. Excelente María F. O'Con, José M. Mompín y sus inteligentes compañeros.

En el Recoletos José M. Zabalza presentó, con poca escasa, una colaboración para el «teatro breve», «sintético», «impresionista» o como quiera llamarsele. Técnico de las tablas, carece sin embargo de lenguaje preciso para imponer «Camerino sin trombo». Para apartar el bumbo que arriesga separarle del respetable, precisa que Zabalza ponga a contribución su talento, que nadie duda que lo posee.

En Barcelona dan más cosa «de casa» que en los madriles. En el ciclo de Teatro Latino (que tan penosamente na sorteado el peligroso «ciclo de lluvias» de este verano) ha podido verse la «Farsa de la enamorada del rey» de valle Inclán. Literatura fuerte —no recomendable para el teatro— y poesía afirmativa, más que ensañadora, que han sido piedra de toque para una agrupación de noveles (Roberto Martí, Narciso Ribas, Luis Torner, Carlos Ibarzabal, Salvador Escamilla y José M. Lopeña; y Rosario Coscolla, María Dolores, Julita Díaz y Elsa Van Allen) que han salido de la prueba en oro de pocos quilates, que para un empezar no es mala cosa. (Dicho al oído: Barcelona se ruralizó no acudiendo a las espirituales sesiones del Teatro Latino).

En el Barcelona Tina Gascó y sus huestes han presentado «Las manos son inocentes», comedia de López Rubio. Es eso un castigo sin crimen, o crimen a medias, o propósito de asesinato, pero con justicia de remordimientos. En efecto, el 1 y el 2 tratan de envenenar al 3 para tomarle el dinero. Pero el 3 se envenena por su cuenta, quedando 1 y 2 en intención de asesinos. ¿El público? Este salió del espectáculo pensando que después de Dostoyevsky es duro tratar ese tema.

«Te espero en el Eslava», en la



La Pantalla

RETROSPECTIVA

EN el Gaumont Palace nos han servido tres Charlot fechados 1918, nuestro tiempo heroico. Corramos la aventura sindicalista más grande del siglo, y aún Charlie Chaplin no nos acompañaba con sus sociales creaciones de luego. Ir a ver Charlot era tomarse un descanso —por cierto placentero— en la fenomenal batalla.



Ogño hemos acudido a ver al Chaplin anterior a «La quimera del oro» y nos hemos comprobado en falta de memoria. «Charlot soldado» y «Vida de perro» los conocíamos de viejo; no así «El peregrino», anunciado en España como «El fugitivo».

Antiguamente Charlot era para estropear vajillas; truquista genial sin duda, pero sin el arte sedativo, sin la comica elegancia de su maestro Max Linder. Alejándose del descacharro, ya aparece el artista intencionado, el crítico con humanidad y fundamento. Chaplin observa en sicólogo agudo, fuente de inspiración para cómicos con gracia. En «El peregrino» le saca relieve a la ñoñez religiosa, igual que en «Cura de aguas». Al ladrón inveterado, irreprimible, lo deja definido, en cuatro rasgos, delante de un público que es «todo el mundo». Su «Vida de perro» parte de la vida miserable que él sufrió en el suburbio más pobre de Londres, y tal vez sea este film el que inaugura, con cierta timidez, los atrevimientos «tosloyanos» de nuestro poeta de la pantalla. Se nos ha ocurrido esa alusión a Tolstoy debido, tal vez, a la influencia en estela o a la vaga impresión registrada en nuestro ánimo a causa de

ciudad condal ha resultado ser en el Calderón. Ropero y decorado nos sitúan en la villa del oso y el madroño, y dentro del Eslava, precisamente. La obra es un tejido de recortes, una antología de personajes, cuplets y cachos de zarzuela que emocionan a los maduros y llegan a interesar a los tiernos. Pero ni la compañía del Eslava ni nadie logrará dar arranque al género lírico si valores acreditables no aparecen. Constanza de lo anti-guero está bien darla. ¡Pero aquí falta algo del día, señores! — C.

«Charlot soldado», bonachona caricatura del militarismo.

Este programa charlotesco que dejamos expuesto cuando escribimos estas líneas sigue animando los lienzos de tres salas parisinas. Tememos que tales proyecciones pronto serán cortadas por retraimiento del público. Chaplin convoca a salir de casa después de la cena, pero el encontronazo con el taquillero enfria los ánimos. Y es que el arte es una cosa y la avidez de los empresarios muy otra. Nada explica que un auditorio de 6.000 plazas no pueda ser destinado a la categoría «precios populares». Pagando caro en «mi» sesión nos reunimos doscientos espectadores perdidos en inmenso bosque de butacas.

Si esos tres films ruedan la Francia, no perderán el tiempo nuestros amigos yendo a presenciarlos, pues si bien a la economía familiar le cabe resentimiento, en Charlot verás un amigo, un intérprete de algo que a todos afecta, un inefable, un sufriente que con mímica de derrotado lo dice todo. Lo cual compensa.

Pensando en este comediante único se nos ocurre considerar el salto que va del Charlot indigente al Chaplin millonario. Pero la vida injusta impone contradicciones, y por mucho que la moral bohemia exija, no le vamos a registrar —para comparaciones— el billetero a nadie.

Lo esencial es que Charlie Chaplin haya cumplido una obra, ante la cual todo cine de vanguardia programática o de síntesis o concreciones en nada, se nos antojan creaciones distinguidas con la palidez de la muerte.

Lo que persiste es lo bueno y de entre los miles de toneladas de celuloide olvidado lo charlotesco es cuidadosamente apartado para solaz e ilustración de generaciones, presentes o futuras que sean. — F.



MESA REVUELTA



El artista Jorge Ulmer desea ser incinerado cuando muera. Y que el diez por ciento de sus cenizas vayan a parar al bolsillo de su empresario...



El trovador canta unas endechas a su pretendida, y a poco cae una flor.

¡Ay! con tiesto y todo.



Nostalgia burguesa en Praga ante unos voceadores de «El Capitán»:

— He aquí los nuevos capitalistas.



El cura de la parroquia de Dayton (Ohio) observó que su iglesia permanecía vacía, supuso que por causa del calor. Y puso en la puerta un cartelito que decía: «Más se suda en el infierno». Pero los «parroquianos» se quedaron tan frescos.



Entre avaros:

— Caro Rodríguez...
— Voy a serle franco, Pericales.
— Séame peseta. Se cotiza a 8'75 y décimas.



El muchacho vino a Madrid para abrir un curso de filosofía para profesores de la Sorbona. Y regresó molesto a sus lares convencido de que en Francia ni los enterados saben hablar.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^e), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

Colección «TOR» rústica

a 280 frs. vol.

Anatole France. — El Olmo del Paseo; Pedrin; El Figón de la Reina Patoja; Los Deseos de Juan Servein; Thais, La cortesana de Alejandría, El Anillo de Amatista; Vida Insigne de Rabelais y Pantagruel; El Señor Bergeret en París; Historia de Cómicos; El Estuche de Nácar; El Pozo de Santa Clara y Sobre la Piedra Inmaculada.
Pedro Mata. — Las personas Decentes; La Muchacha del Ideal Rosales.
Col. Freud. — La Perversión de las Masas; La Higiene Sexual.
Honorato de Balzac. — El Martirio de un Genio; La Mujer de 30 años.
Henri Barbusse. — El fuego; El Infierno.
Stefan Zweig. — Confusión de Sentimientos; La Lucha contra el Demonio, Casanova (biografía); Stendhal (id); Verhaeren (id).
10 (Diez) Cuentos Trágicos: Merimé, Maupasant, Becquer, Alarcón, Poe, Eça de Queiroz, Puchkin, Gorki, Verga y Dumas.
Quevedo. — Sonetos y Romances Picarescos.
P. Istrati. — Kyrá Kyralina.
Knut Hamsun. — Bajo la Media Luna.
W. S. Maugham. — Lluvia.
Judith Gautier. — Las Crueldades del Amor.
P. Mata. — Sinvergüenzas.
E. A. Poe. — El Cuervo.
Julio Dantas. — El Juicio de Eva.
R. L. Stevenson. — La Flecha Negra.
Raúl Bourget. — La Dama que ha perdido su pintor.
C. Doyle. — La Muerte del Mundo.
W. S. Maugham. — El Santo de Foril.
M. Leblanc. — Los 3 Ojos.
G. de Maupassant. — Nita.
Villiers de l'Isle Adam. — La Eva Futura.
Almajuerte (P. B. Palactos). — Poesías.
E. Bronte. — Cumbres Borrascosas.

A. Alvarez. — La Creación del Mundo Moral.
Jean de la Brète. — Mi tío y mi cura.
E. Zamacois. — Tik-Nay (El payaso inimitable).
John Steinbeck. — La Copa de Oro.
Domingo Sarmiento. — Viaje a los Estados Unidos.
H. R. Haggard. — Aventuras de Allan Quaterman.
E. Rostand. — Cyrano de Bergerac.
Octavio Feuillet. — El Diario de una mujer.
F. Barclay. — La Castellana de Shenstone.
Eça de Queiroz. — La reliquia.
H. de Curzon. — Rossini.
Manuel Gálvez. — Una Mujer muy moderna; Nacha Regules.
Vital Aza. — Todo en broma.
A. Alvarez. — Los números y sus misterios.
Amado Nervo. — El estanque de los lotos.
M. Dekobra. — La rosa que sangra.
Delly. — La gata blanca.
J. S. Fletcher. — Los indicios ocultos.
Colette. — Cheri.
Gyp. — El primo de su mujer.
C. R. Darwin. — El origen del hombre.
Papini. — Bocaccio (Historia de la literatura italiana).
G. Leroux. — El perfume de la dama de negro.
Luis Hemon. — María Chapdelaine.
Paul Verlaine. — Poemas saturnianos.
Danero. — Toda la historia de las Malvinas.
a 350 frs. vol.
Zamacois, Eduarao. — El delito de todos; Las raíces. Los muertos vivos.
V. Blasco Ibáñez. — Sangre y Arena.

Pedidos a Roque LLOP
24, rue Ste-Marthe
Paris (X^e)
CCP 1350756, Paris

NOTICIARIO

En la página literaria de «Le Soir», el académico belga M. Marcel Thiry ha dedicado un artículo de gran elogio al libro «Nabi», del poeta catalán Josep Carner, exiliado en Bélgica.

Un artículo de «Combat» señala que en España, país agrícola en un 53 por 100 de su población, no hay más que un tractor por cada 160 agricultores.

«Crónica de una emigración» se titula un libro de don Carlos Martínez en el que se analiza la vida de los exilados españoles y especialmente la gran obra que en los más diversos aspectos han desarrollado en los países que los acogieron y muy particularmente Méjico.

En La Coruña se estrenó con gran éxito un drama en lengua gallega: «Don Hamlet», de Alvaro Cunquero.

El cineasta Rafael Gil ha dicho que «el cine español actual no está en uno de sus momentos felices, ni siquiera esperanzadores. Los últimos nombres incorporados al cine no han dado el empujón que se esperaba de ellos».

Ha fallecido en Barcelona el virtuoso del violín Francesc Costa. Desde el régimen franquista se prodigaba poco en conciertos, limitándose casi al ejercicio de su cargo de profesor de violín en la Escuela Municipal de Música de la capital catalana.

Por falta de sitio donde colocarlas, hay unas cinco mil obras almacenadas en el Museo del Prado.

En un concurso internacional de armónica celebrado en Innsbruck, ha resultado número 1 de individuales Angel María García, de Barcelona y número 2 de colectivos el quinteto «Netzer» de Igualada.

Estreno de «Pan, Amor y Andalucía» en el Coliseum de Barcelona, con Carmen Sevilla y Vittorio de Sica en primer plano. No gustó.

En el Palacio de la Virreina, de Barcelona, ha sido inaugurado un Museo Postal. Por ahora, mero asunto de filatelia.

Exámenes en la Escuela Nacional de Periodismo, en Madrid. 70 por 100 de rechazados por desatención a la «ideología» falangista.

El pianista José Tordesillas ha pasado las vacaciones en la misma habitación donde estuvo Chopin en la Cartuja de Valldemosa. Dice que el piano que utilizó el gran compositor está inservible.

Concierto de la Callas en Bilbao; por cierto muy discutido.

El Círculo Artístico y Literario de Córdoba ha celebrado el millenario del califato cordobés.

En Barcelona ha fallecido a los 54 años el poeta catalán Melchor Font, que residió exiliado en Francia durante veinte años. Colaboró con el escritor francés Pagnol en la versión española de su trilogía marselesa.



EL MEJICO QUE YO VEO



Un rumor profundo, sordo y cambiante, como de mar, se eleva de esa inmensa y abigarrada multitud, que ofrece un extraño contraste con la serena quietud de la campiña circundante. La frenética agitación de los hombres, su arrebatada exaltación, resultan apenas concebibles en medio de la plácida indiferencia de la Naturaleza. Frente a nosotros, como telón de fondo del increíble espectáculo, una serie de incontables cerros, pelones, abruptos, amarillos y resecos, de desnudez apenas atenuada por las manchas verdes de los mezquites. Al otro lado de la carretera, casi constantemente oculta a nuestras miradas por el desfile incansable, una casita blanca de paredes enjalbegadas; sobre la puerta se aciertan a distinguir con intermitencias unas grandes letras negras formando palabras que el paso caleidoscópico de la peregrinación convierte para nosotros en indescifrable hermenéutica. Lo único que puede verse sin obstáculos es su tejado rojo, que pone una nota de optimismo y alegría en el ambiente saturado de dramática tensión.

Ahora, sobre el arco del camino, se destaca una mujer joven, sosteniendo en alto con las dos manos a su hijo, en una extraña, impresionante actitud de ofrenda. Más que caminar, diríase que se proyecta hacia nosotros gracias al portentoso efecto de alguna jamás vista escenografía. Brilla en sus ojos la fiebre y nosotros creemos adivinar en ellos la imagen lejana de quien sabe qué ocultas y no confesadas deidades.

Sin cesar desfilan grupos o cofradías entonando cánticos litúrgicos alrededor de grandes cruces adornadas con flores, o escoltando estandartes y pendones con imágenes de vírgenes y santos, mientras a su lado, codeándose con ellos, los danzantes de atavío precortesiano, con sus lanzas, hachas y escudos, aureolada la cabeza por enormes penachos de plumas multicolores, recuerdan viejos ritos indígenas, reminiscencias de antiguas liturgias que viven y palpitan a través del tiempo en el alma hermética, impenetrable, del pueblo. Numerosos hombres y mujeres avanzan de rodillas, casi arrastrándose, dejando en el suelo rojas huellas de sangre. Algunos individuos, hieráticos, como fantasmas, fija la mirada en el cielo, petrificadas las facciones en un rictus de angustia, llevan coronas de espinas que hacen correr

LA PEREGRINACION

EL desfile es interminable, polícrono, febril, alucinante. Contemplados así, desde el plano inferior formado por el borde la carretera, los peregrinos que vienen hacia nosotros, avanzando sobre la comba del camino, van adquiriendo, a medida que se acercan, una nueva, imprevista, desmesurada dimensión, agigantándose hasta parecer a nuestros ojos seres de perfiles inquietantes, surgidos de algún ámbito irreal, imaginario. La incontenible riada humana inunda la carretera y discurre sin cesar, lenta, densa, inexorable, como si no hubiese de terminar jamás, llenando el aire de gritos, de estridencias, de música, de cánticos y de colores.

por Proudhon CARBO

hilos de sangre por la frente y el rostro. Otros, de torso desnudo, llevan horribles rosarios de penacas de nopal colgando sobre pecho y espalda; y al compás de la marcha y de la danza, las erizadas púas hundense cruelmente en la carne y espesos regueros de sangre, como rojas serpientes, transforman al penitente en una espantable y bárbara figura, imagen entre trágica y grotesca del dolor inútil, del estéril sacrificio y de la ignorancia. Y en medio de todos esos horrores, innumerables

niños, como extraviados en una selva, miran sin comprender, con una asombrada interrogación brillando en las claras pupilas inocentes, y lloran y rezan o cantan, siguiendo la marcha al ritmo de sus mayores, al parecer condenados sin remedio a caminar por la vida por la misma senda de error en que los estamos viendo. Es, en su conjunto, un abrumador desbordamiento de ciego fanatismo, en el que se mezclan y confunden, en incongruente promiscuidad, Jesús y Huitzilopochtli, la



piedad y la barbarie, el amor y la sangre, la mansedumbre y el frenesí, la crueldad y la misericordia. Un espectáculo deprimente y descorazonador; y a su vista una sombría, espesa nube de desaliento va apoderándose del propio espíritu, y una asombrada interrogación pugna por salirse de los labios y hacerse lamento, grito, imprecación: ¿Es esto el resultado de lo que algunos hispanistas se han atrevido a llamar «el trueque de algunas barras de plata por el Renacimiento»? Este espectáculo, esta procesión, este desfile, esta peregrinación en que se desborda con frenética e insana delectación lo más oscuro, lo más sombrío y trágico del alma humana, es el resultado inevitable de la confusión mental en que el fanatismo de los conquistadores sumió a los indios, al no reemplazar las creencias autóctonas por el cristianismo, sino al yuxtaponer un fanatismo a otro fanatismo, un fetichismo a otro fetichismo. No son dos distintas religiones, dos distintas filosofías las que pueden entrecruzarse, grotescamente caricaturizadas, en la peregrinación. Ni tampoco dos culturas que se confunden y complementan. Son tan sólo dos liturgias, dos pantomimas sin fondo ni contenido real, dos abigarradas y caóticas coreografías. Lo único que puede dignificar esa mascarada, lo único que puede, a su vista, despertar emoción humana, es la idea de que en ella, a pesar de todo, el hombre, todos esos hombres y todas esas mujeres, buscan intuitivamente un camino, una senda, una esperanza: es el hecho de que constituye tan sólo un acto más del inmenso drama de la humanidad de todos los tiempos y de todas las partes a lo largo de su eterno peregrinar en el seno de la noche, en busca de la luz. Pero estos parias, estos ciegos, ¿cuándo la encontrarán? ¿Cuándo lograrán emanciparse de la sórdida servidumbre de su ignorancia, de su fanatismo, de su atraso muchas veces secular? ¿Cuándo se borrará en ellos el afrentoso estigma dejado por siglos de servidumbre, de cadenas, de látigo, de hierro infamante y de desprecio? ¿Cuándo?

★

Los últimos peregrinos, mientras nos entregamos a nuestras reflexiones, pasaron ya. Ahora podemos contemplar sin obstáculos ni trabas la casita blanca de tejado rojo y muros enjalbegados que se alza frente a nosotros; y podemos leer las palabras escritas sobre su puerta. Dicen así:

«ESCUELA RURAL : RICARDO FLORES MAGON»

Quizá brillen ya en el horizonte las primeras luces de la aurora.

Le Directeur: JUAN FERRER.—Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Cholsy-le-Roi (Seine)